

LA ILUSTRACIÓN CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 36.—Madrid 25 de Diciembre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO



PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*Epístola á mi querido amigo D. Modesto Riera*, por Blas.—*Los grabados*.—Francisco Lenormant (conclusión), por D. Le Hir.—*La pintura contemporánea* (conclusión), por D. Manuel Cañete.—*Esther*.—*Nuestra Señora de la Merced*.—*Bibliografía*, por don J. B. P.—*Conocimientos útiles*.—*Almanaque*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*Exposición del cadáver del Ilmo. y Rdo. Sr. D. Mariano Cuartero y Medina*.—*El coro de Araceli en Roma*.—*El público de un nacimiento*.

REVISTA

MALHAYA la cultura, que nos arrebató aquellas tiernísimas y poéticas costumbres de nuestros mayores, que eran expresión viva de la fe y del amor de sus almas cristianas! Ellos creían y amaban, y en medio de las miserias de esta vida, que se desliza en un valle de lágrimas, tenían y disfrutaban inefables consuelos, santas alegrías, inocentes placeres, puros y sublimes entusiasmos que mitigaban sus penas y los hacían presentir las dulzuras de una gloria anticipada.

Las almas poéticas y todos los corazones sensibles evocan siempre en esta época del año los gratos recuerdos de los tiempos pasados, cuando era la Navidad una fiesta de familia, animada con todos los goces más inocentes del hogar cristiano y santificada con la presencia del adorable *Nacimiento* del Hijo de Dios. El piadoso simulacro de Belén, los rústicos instrumentos pastoriles, los candorosos villancicos tradicionales, la Misa del gallo, los aguiñaldos y turroneos, todo contribuía á embellecer el cuadro de la *Navidad*, en el que todos los individuos de la familia tenían su puesto. Los abuelos arrimados al fuego, las mujeres condimentando las viandas, los jóvenes entregados al bullicio de cánticos y danzas, los niños embobados junto al Belén y los criados atareados en alimentar el fuego y en disponer la mesa de familia.

La cultura de nuestro siglo ha borrado tan hermoso cuadro, y si algo queda de lo pasado es la mesa; pero no la mesa de familia, sino la de la glotonería insaciable, tal vez la mesa del café ó de la fonda, sin la dulce embriaguez del entusiasmo doméstico, pero con la embriaguez funesta del placer sensual que adormece el alma y estraga los sentidos.

¡Comer! Eso sí, y comer fuerte y comer mucho; pero creer y amar, creer en los beneficios de Dios que nos da aquel alimento, amar aquella mano paternal que nos colma de gracias inmerecidas, eso no; eso pasó ya con la rudeza de las costumbres primitivas y patriarcales.

Estamos en plena Navidad; bien lo acreditan las tiendas de comestibles, atestadas de géneros, la Plaza Mayor rebosando de frutas, las fondas pletóricas de viandas suculentas, los pavos que pasean las calles y los glotones que van de mesa en mesa con cara de Pascua.

Esta es la Navidad que nos queda, la Navidad oficial, por decirlo así; la antigua, la cristiana, se extingue en los rincones de las aldeas como los últimos rayos del sol de otoño que alumbra las hojas secas que van á desprenderse al contacto de la noche.

¡Adios, Navidad antigua, Navidad poética, Navidad de nuestros mayores; el soplo glacial de nuestra cultura te destierra de nuestros hogares; pero aún tendrás por mucho tiempo quien te celebre en un hogar inaccesible á la mano del siglo, en el hogar de los corazones cristianos!

Borraré nuestro siglo el cuadro de la Navidad cristiana, pero no podrá impedir que en estos días veamos desprenderse una rama de su vida, que corre ya precipitadamente al sepulcro. Quince años le quedan ya de vida; poco tiempo para reparar los estragos de lo pasado, pero el suficiente para arrepentirse. No fué muy sana la herencia que recibió de su padre, el enciclopedista; pero en sus manos ha empeorado de tal modo que, al pasar á su hijo, el siglo XX, es de temer que se convierta en cenizas.

Quince años en este siglo de tantas mudanzas y revoluciones, son tiempo sobrado para que todo em-

peore, para que la lógica saque nuevas conclusiones de las premisas sentadas y veamos más de cerca el fondo del abismo á que corremos á todo vapor, ciegos de ambición insensata y arrebatados por el torbellino de las pasiones desapoderadas. Sentimos enristecer el ánimo de nuestros amigos en estos días de bullicio público y de fiestas domésticas; pero al ver hundirse un año más en el sepulcro abierto de nuestra vida, nos asaltan nuevos temores para lo por venir y columbramos las nubes de las tempestades venideras que se están formando con las emanaciones de tantos pantanos como ha formado en la sociedad moderna la inundación del torrente revolucionario. ¿Por qué disimular nuestros temores? El año 84 ha pasado sin fruto para la causa de la restauración social; al contrario, hemos visto estrellarse muchos buenos propósitos así en España como fuera, y caer deshojadas muchas esperanzas en flor que hemos aspirado con la ilusión de verlas realizadas. Los hombres prácticos dicen que el mal no tiene remedio; nosotros no vamos tan lejos: creemos que todo tiene remedio, porque Dios ha hecho sanables á las naciones; pero nuestra vista se estrella en la cerrazón del cielo, y no vemos los rayos de la futura bonanza.

Entre tanto la línea de conducta para los católicos está bien trazada: hacer todo el bien que se pueda y evitar todos los males á que alcance nuestra influencia. ¿Se habrá conseguido poco con que en este jardín cubierto hoy de malezas brote una flor escondida entre la hierba, y desaparezca una planta de las muchas que envenenan la atmósfera?

Nuestros lectores habrán oído que en Madrid se ha celebrado estos días el segundo centenario del marqués de Santa Cruz de Marcenado, que nació el 19 de Diciembre de 1684. Para muchos, para la mayor parte, este nombre será casi desconocido, porque, en efecto, la fama de este sabio militar ha llegado muy amortiguada á nuestro siglo, y sólo entre militares eruditos era conocido por sus obras, que le han asegurado la nombradía más bien que sus hazañas.

Lejos de nuestro ánimo la parcialidad sistemática de condenar y censurar todo lo que hoy se hace; el resucitar la memoria de los varones ilustres que han honrado á España con sus escritos ó con sus virtudes, y que el estrago de los tiempos ha borrado más ó menos de nuestra memoria, nos parece laudable y plausible, y qué más quisiéramos sino que esta resurrección fuese tan completa que todas las glorias pasadas brillaran de nuevo en nuestro horizonte, alumbrando con su luz nuestras tinieblas y ofreciéndose de nuevo á las generaciones venideras como



EXPOSICIÓN DEL CADÁVER DEL ILMO. Y RDO. SR. D. FR. MARIANO CUARTERO Y MEDINA, OBISPO DE SANTA ISABEL DE JOLÓ (ILO-ILO, FILIPINAS), QUE FALLECIÓ EL 16 DE JULIO DE 1884.

ejemplo vivo de virtudes y grandezas inmortales. Mientras que no se intente sacar las cosas de su lugar y convertir estas resurrecciones en apoteosis paganas que reemplacen a las fiestas de los Santos, todo va bien, y nosotros nos debemos asociar con gusto a estas empresas que redundan en loor y alabanza de los tiempos pasados.

Importa poco que el marqués de Santa Cruz de Marcenado haya sido una figura de primera ó de segunda categoría en la escala gigantesca de nuestros héroes y sabios ilustres; de todos modos es cierto que fué un capitán valeroso, profundamente cristiano, buen patricio, escritor de valía y que murió como bueno en defensa de su bandera. Esto basta para merecer los elogios que se le tributan.

Vino al mundo en días de decadencia, cuando eclipsada ya la gloria de la casa de Austria, que supo representar nuestra grandeza y conducir a España por la senda de su verdadero destino, se anunciaban los malos tiempos del siglo XVIII, digno precursor del nuestro, que no tiene el diablo por dónde cogerlo. Los tiempos influyen poderosamente en los hombres, y es injusticia notoria juzgar á todos con la misma medida, pues cada siglo ofrece pedestal distinto á sus hombres, que los levanta ó los deprime, variando su altura en el tribunal de la historia, aunque su estatura sea la misma.

El marqués de Santa Cruz de Marcenado fué hombre de gran estatura; pero su siglo le ofreció más bajo pedestal que los anteriores habían dado á sus hijos ilustres, y por eso, sin duda, no brilló como debía, oscureciéndose entre las sombras de la decadencia de España.

En su obra magna y casi única, las *Reflexiones militares*, editada con lujo en Turín y París—sea esto dicho con perdón del autor de la *Pasionaria*, Sr. Cano, que en unos versos que le ha dedicado al marqués las califica de modestas, sin duda por exigencia retórica—en esta obra, compuesta de once tomos en cuarto mayor, el erudito y á la vez valeroso caudillo expuso un tratado completo de arte militar, elevándose á las más altas consideraciones morales y políticas en unos casos, y bajando en otros hasta las más minuciosas operaciones de la disciplina y de la estrategia.

Aunque de paso, el autor aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para dar testimonio de su religiosidad acrisolada, demostrando que en el corazón de tan bravo soldado ardía el fuego de aquella piedad de los héroes de la Edad Media, que atribuían á Dios todas sus victorias y las derrotas á sus pecados.

El docto P. Cámara, obispo de Tranópolis, ha patentizado estos hechos en su Oración fúnebre, recordando palabras del Marqués dignas de estamparse en las banderas de nuestro ejército.

Pero esta cita nos trae al terreno de las fiestas del centenario.

También en este punto tenemos más motivos de alabanza que de censura. Los militares han celebrado la memoria de su ilustre caudillo de un modo digno, respetuoso y adecuado.

Por de pronto han celebrado el nacimiento del personaje y no su muerte, pues no tratándose de Santos que con la muerte alcanzasen la corona de su gloria, es absurdo, y lo hemos dicho otras veces, celebrar con fiestas la muerte de un hombre ilustre que al morir dejó de producir nuevas obras para caer en la oscuridad del sepulcro. ¿No es absurdo decir: ¡alegrémonos! porque hoy hace dos ó tres siglos que se murió tal personaje?

Otra cosa es tratándose del nacimiento: la primavera es alegre y risueña, porque toda la naturaleza es una esperanza en flor; pero, ¿quién se regocija de ver caer deshojadas las flores que nos deleitaron, y ser arrebatadas por el viento frío del otoño las hojas de los árboles que nos cobijaron bajo su sombra?

El centenario comenzó con una función votiva á Nuestra Señora de Atocha, en acción de gracias por el nacimiento de aquel capitán ilustre; hermosa idea que atribuye, como se debe, al cielo las glorias todas de la patria.

En esta función hizo el elogio del marqués de Santa Cruz el docto obispo de Tranópolis, el cual habló con tal acierto, con tal oportunidad y con tan serena reflexión del caudillo, de su obra y de lo que su memoria significa en estos tiempos, que el auditorio le oyó con devoción, y aun siendo difícil su posición en presencia de la Corte y de los jefes del ejército allí congregados, lo dijo todo, absolutamente todo, y ¡admirable don del talento! nada dió que decir.

Entre las demás fiestas del centenario hemos tenido como principales una velada literario-musical en el teatro Real, con buena música y medianos ver-

sos, una retreta y una gran parada, actos muy propios del caso, y algunos otros espectáculos de menor cuantía, en que han tomado parte los iniciados del centenario. La memoria del capitán cristiano no se ha profanado, gracias á Dios. ¿Qué más podemos pedir?

Salgan de su tumba todos los héroes de los pasados tiempos, que sólo su sombra vale para echar abajo el pedestal de cartón en que se alzan los hombres de este siglo.

Háganse los centenarios como se debe, y estamos dispuestos á celebrar uno cada día: nuestra historia es tan fecunda que nos dará para muchos años.

Ibamos á terminar esta crónica, cuando nos asalta de nuevo el recuerdo de las Pascuas.

Para no faltar á la cristiana costumbre se las deseamos muy felices á nuestros amigos, con buenas entradas y salidas de año.

Hasta el que viene.

NÚLEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



El que haya visitado la Ciudad Eterna, y sobre todo las catacumbas, no puede ignorar la importancia que tiene en aquellos monumentos la santa memoria del papa San Dámaso, llamado por el concilio de Calcedonia «ornamento y gloria de la Iglesia». Acaba de celebrarse en Roma el décimoquinto centenario de su muerte, ocurrida en 11 de Diciembre de 384.

El nombre del invencible atleta de la fe ha permanecido unido al de San Lorenzo, siendo los dos honrados en una misma basílica, en la cual emprendió ricos trabajos de restauración el gran Pío IX, los cuales fueron terminados por el actual Pontífice con un esplendor digno del insigne santuario.

Al lado de San Lorenzo y San Dámaso, en medio de monumentos que proclaman los beneficios de los Papas, la gloria de sus virtudes y su celo en defender los intereses de la Iglesia, reposan los restos de Pellegrino Rossi, ministro de Pío IX, asesinado en 1848 por haber defendido la mejor de las causas: *Optimum causam nihi tuendum assumpsi*, como dice la inscripción grabada en la tumba del mártir.

Las fiestas celebradas en la basílica de San Dámaso han sido brillantísimas, y en ellas han tomado parte Príncipes de la Iglesia, Obispos, Prelados, etc., de la población romana.

Con gran pompa, y en la iglesia de San Ignacio, se ha celebrado también el centenario de la fundación el año 1584 de la Congregación de los Niños de María. Esto demuestra la gran fe del pueblo romano y el progreso de la devoción á María cuanto más crecen la furia y la impiedad de las sectas. Indulgencias especiales han honrado estas fiestas.

Según datos oficiales publicados por la Congregación de Propaganda, las limosnas recogidas en 1884 para esta obra civilizadora, atropellada inicialmente por el Gobierno italiano, ascienden á 6.370.516 francos. Han dado: Francia, 4.215.224; Italia, 4.465.548; Alemania, 391.226; Bélgica, 333.212; Alsacia, 272.949; Inglaterra, 151.229; Holanda, 104.304; las diócesis de América del Sur, 177.851. Las otras naciones, entre ellas España, figuran en dicha estadística por una cantidad relativamente insignificante. Pero nos es lícito abrigar la confianza de que en los años sucesivos no sucederá así, pues se está organizando en toda España la Obra de la Propagación de la Fe.

Antes de cerrar este párrafo de la crónica relativa á Roma, añadiremos que en el Vaticano reina gran actividad, porque Su Santidad León XIII cada día es más celoso de que no se detengan los asuntos que de todo el orbe cristiano acuden á su augusta aprobación ó consulta. Su salud, gracias á Dios, inalterable.

La conferencia de Berlín prosigue sus trabajos, siendo el más importante la creación de un gran Estado africano central sobre los terrenos adquiridos por la Sociedad africana, bajo la protección de Bélgica, hace ya algunos años.

A lo largo de la inmensa corriente del río Congo se extiende un país virgen, poblado aisladamente por algunas tribus negras y sumido en un abandono grande, que no se ha turbado en el transcurso de doscientos años. Esa parte del África central, regada por ese caudaloso río, cuya embocadura no era conocida antiguamente más que por salvajes y piratas, va á convertirse, merced á las evoluciones de la diplomacia, en asiento de una civilización internacional de los pueblos de Europa, y hasta qui-

zá de los de América. El Rey anterior de los belgas intentó hacer una empresa útil, noble, generosa, que abriera para el África central el horizonte de la cultura cristiana.

Al efecto fundó en el Congo estaciones hospitalarias, protegió y dirigió una sociedad que convirtiera esas estaciones en ciudades, y ahora, por fin, después de los progresos realizados en las exploraciones de esa parte del África, antes tan desconocida y envuelta en el misterio, el sucesor de aquel Rey propone en la conferencia de Berlín la fundación, sobre los terrenos adquiridos por la Sociedad que él patrocinó generosamente, un gran Estado independiente.

Se trata, pues, de organizar en el centro de los dominios de las tribus negras un Estado de cierta suerte europeo, fundado por una Sociedad internacional que se asiente en un país neutral y que tiene por jefe un Rey.

El comercio, la navegación, el tráfico, los establecimientos, la propiedad, el culto, disfrutarán de una completa libertad en la esfera social y en el orden político, sin más trabas ni obstáculos que los que oponga la naturaleza. Será un Estado libre é independiente del África central, una asociación internacional del Congo con soberanía sobre los territorios adquiridos, y sobre los que en adelante adquiera de una manera legal. Además del espíritu de libertad, el tipo internacional será la regla de la constitución administrativa del Estado. No habrá distinción de pabellones, se hablarán diversas lenguas, la europea y la americana, el ruso y el sueco, el español y el portugués, el brasileño y el peruano, el griego y el italiano, el turco y el belga; todos los países, en una palabra, tienen derecho á intervenir en la administración del nuevo Estado africano central.

¿Cuánto durará la obra de la diplomacia? Es de suponer que poco, pues Inglaterra y Alemania tendrán puestos sobre él sus ojos, y cuando menos se piense pondrán sobre él la garra para engullírselo si lo encuentran fuerte y robusto.

¡Pobre Francia! No pasa un día sin que dé un nuevo paso hacia el abismo de la demagogia. No es ya sólo la ley del divorcio, la cual tiende á destruir las bases del matrimonio y á quebrantar los vínculos más sagrados de la familia; es además que crece el espíritu de hostilidad hacia la Iglesia, revelado en el presupuesto de Cultos presentado en el Parlamento. Con dicho proyecto, haciéndose una distinción capciosa entre el ejercicio del Culto y el gobierno de los curas, se camina á la destrucción del presupuesto de Culto y á la abrogación del Concordato. El señor conde de Mun y monseñor Freppel han pronunciado elocuentísimos y vigorosos discursos en las Cámaras francesas, que han conmovido todas las fibras del corazón de los católicos.

Pero la iniquidad se ha consumado y el mal parece ya irremediable. El Papa, sin embargo, como padre amorosísimo, no abandona la cabecera del enfermo, y según noticias al parecer autorizadas, ha hecho saber al Gobierno republicano que la Santa Sede no puede seguir observando el Concordato si por su parte Francia destruye sus principales cláusulas. Añaden que el Nuncio volverá en seguida á Roma, á fin de hacer conocer personalmente al Padre Santo el resultado de sus representaciones cerca del Gobierno francés. *Le Monde*, cuyas relaciones con la Nunciatura de París son públicas, escribe estas significativas palabras: «Nuestras informaciones particulares no han confirmado hasta aquí estas noticias; pero nos conviene declarar que en su conjunto nos parecen verosímiles.» Es decir, que los atropellos y los actos de tiranía del Gobierno francés se encaminan á un resultado que para nadie podrá ser inesperado, que á nadie sorprenderá. Vendrá la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, la derogación del Concordato y la inauguración de un nuevo *Kulturkampf*.

¡Pobre Francia! volvemos á repetir. Ella será la víctima de tantos crímenes; pues la Iglesia, como la encina, mella el hacha que la hiere; y la República, cada día más desatinada, no dejará su presa sin desgarrarla cruelmente.

Y á todo esto, ¿qué hay de China?

Malas noticias. Mr. Ferry ha confirmado en la Cámara el fracaso de la mediación inglesa para poner término á la guerra franco-china. Después ha declarado que el tiempo de las negociaciones ha pasado ya y que ha llegado la ocasión de obrar enérgicamente.

En efecto: el Gobierno va á sacar una quinta extraordinaria de las matrículas de mar, y durante el próximo Enero serán armados varios buques acorazados que están en situación de reserva y enviados á reforzar la escuadra francesa en las aguas de China.

Por su parte los hijos del sol no se duermen, y

ya han echado á la mar, con rumbo desconocido, varios cruceros tripulados por alemanes. Lo más triste del caso es que por la locura de Francia pagan las misiones cristianas, pues sólo en una comarca, en la de Kweitchu, han sido incendiadas cincuenta estaciones de misioneros, destruídas todas las iglesias y saqueados los colegios de huérfanos.

¿Qué juicio ha de merecer al mundo civilizado la locura de Francia, que con su política desatinada ha provocado estos desórdenes, que no sabe ó no puede dominar?

Y lo más famoso es que mientras Francia prosigue la guerra de China, deja que naciones rivales se apoderen del comercio de aquellos mares. El Gobierno alemán ha comprado á una casa de Marsella el territorio del Cheik Said; de modo que teniendo al norte del Mar Rojo á los ingleses en Puerto Said y en Suez, y al sur á los alemanes en el estrecho de Bah-El-Madid, las comunicaciones de Francia y España con Cochinchina y las Filipinas se hallan á merced de Inglaterra y Alemania.

Tiremos aquí una raya, porque esta noticia nos arrancaría comentarios que no queremos ni podemos hacer.

Un telegrama que merece transcribirse aquí íntegro:

"Londres 18. — En la aduana de Duvres se han descubierto veinte libras de dinamita encerradas en una caja de hojalata.

"Se han hecho investigaciones, y ha resultado que procedían del continente europeo.

"El Ayuntamiento de Londres ha publicado un anuncio ofreciendo 5.000 libras esterlinas (125.000 pesetas próximamente) al que entregue á las autoridades al autor de la máquina infernal que estalló el domingo último debajo del puente de Londres.

"Del minucioso reconocimiento operado por los ingenieros resulta que aquel terrible artificio tenía más fuerza explosiva de lo que se creyó en un principio, pues se ha resentido el puente en sus mismos cimientos.

"El dictamen de los ingenieros dice que los perjuicios son graves."

Noticias posteriores anuncian que se está sobre la pista de los autores. ¿Qué importa? Lo que hacía falta era que se estuviese sobre la pista del remedio para curar esta grave dolencia de la sociedad moderna. Nosotros la conocemos; pero los Gobiernos liberales están ciegos.

Y aquí, como en el párrafo relativo á Francia, preguntamos: ¿Qué hay de Egipto? La expedición que se dirige á Kartún prosigue su camino en medio de mil azares y contratiempos. Los expedicionarios pensaron ir por el Nilo, pero el misterioso río les cerró el paso con sus cataratas y tuvieron que abandonar el camino fluvial por el terrestre; pero yendo por tierra no hay medio de librarse del desierto, y para atravesarle hay que servirse de camellos. Muchos se necesitan, y los ingleses se apoderaron de todos, llegando á reunir más de treinta mil; sólo que se dice que gran parte de estos animalitos ó *animalitos*, unos por vicios de conformación y otros por falta de práctica, no sirven sino para andar unas pocas leguas, y se trata de que anden doscientas.

Los propietarios de los camellos, conociendo las mañas de los ingleses, que ofrecen mucho y pagan poco, han ocultado lo mejor y desprendiéndose de lo peor.

Hay, sin embargo, una cosa segura para los ingleses, y es que éstos, como quien no hace nada, han ocupado tranquilamente á Egipto, salvo el Sudán. Y lo mejor para ellos es que los gastos de ocupación, que no son flojos, corren por cuenta de los egipcios.

De suerte que, bien viva Gordon, bien haya muerto, bien lleguen sus compatriotas para salvarle, bien para enterrarle, han hecho ya presa en el pobre Khedive y disponen de Egipto como de cosa propia, dejando al Madhí que campe por sus respetos en el Sudán.

Así van las cosas en Egipto.

En la Europa constitucional todo se vuelven cambios de postura. Ahora le ha tocado el gran movimiento á Suiza.

La Asamblea constituyente de Berna terminó el viernes último la discusión del proyecto de revisión. La nueva Constitución fué adoptada por 96 votos contra 63. Esta reforma es obra del partido radical, y contiene nuevas disposiciones para poner término al pauperismo y dar mayor extensión á los derechos populares. En el cantón de Saint-Gall son los católicos los que quieren reformar la Constitución en dos puntos importantísimos: en el de la mayor extensión de los derechos populares y de la simplificación de la administración pública. Como se ve, lo que los católicos combatían en Berna lo piden en Saint-Gall. ¿Hay contradicción en esto para el fondo sustan-

cial de las doctrinas católicas? De ningún modo; los católicos son intransigentes en la cuestión de principios y de doctrinas, pero acomodan en la aplicación concreta estos principios y doctrinas á las circunstancias de lugar y tiempo.

En Suiza, gracias á Dios, tiende á mejorar la política, ganando influencia los católicos.

Como increíble acto de hipocresía y cinismo, merece referirse el siguiente:

En el momento de embarcarse para Montevideo el Delegado apostólico, expulsado violentamente de Buenos Aires por el masónico Gobierno de aquella República, recibió una entusiasta ovación de los católicos.

Que los masones atropellen á un sacerdote que no tiene ejércitos que le defiendan, nada debe extrañarnos; pero lo curioso está en que el Gobierno de la República Argentina ha enviado á sus representantes en el extranjero una circular, en la cual, refiriéndose á la expulsión del Delegado apostólico, se dice entre otras cosas:

"Este incidente no comprometerá las buenas relaciones existentes entre el Gobierno argentino y la Santa Sede, relaciones que los intereses de la Iglesia y del Estado exigen mantener con cordial sinceridad."

¿Qué entenderán por sinceridad estos caballeros?

El Concilio de Baltimore ha terminado sus tareas. Las actas han sido enviadas á Roma para su aprobación. Se han tratado las siguientes cuestiones: de la organización y régimen de los Seminarios; del ejercicio de la jurisdicción episcopal; del carácter de la música religiosa; de la administración temporal de las parroquias, y del matrimonio cristiano en sus relaciones con las leyes civiles.

Los Prelados han salido gozosísimos de Baltimore por el feliz éxito de sus tareas. Los católicos norteamericanos han celebrado con fiestas tan importante suceso.

M. RIERA.

EPÍSTOLA

Á MI QUERIDO AMIGO DON MODESTO RIERA



IEJO, gotoso, présbite y caduco,
desde el tugurio humilde en que vegeto
sin alfombra, sin seda y sin estuco,
te envío este poético esqueleto

(que tal parece en la época moderna
el anticuado metro del terceto).

Hoy se exaspera mi podagra eterna
á despecho de drogas y doctores,
que alivian mi bolsillo y no mi pierna.

Y esta recrudescencia en mis dolores
me tiene de un humor atrabiliario,
que en mis versos refleja sus colores.

Lláname, si te place, estafalario,
pesimista ó gruñón, si más te gusta,
escéptico... No digo lo contrario.

A mi genio, Riera, más se ajusta
el sarcasmo burlón que la linsoja,
más que el plectro apolíneo, la fusta.

¿A qué andar con escrúpulos de monja
en esta sociedad que hace del vicio
bazar impuro y corrompida lonja;

en esta sociedad fuera de quicio,
que sólo en necedades es discreta
y sólo en sus locuras muestra juicio?

Yo no quiero llamar al hongo *seta*,
actor al bufo, á la ramera *dama*,
ni al zurcidor de sátiras *poeta*.

Yo no me avengo á pregonar la fama
del mediocre orador populachero
que á fuerza de pulmones se encarama.

Ni me fascina el brillo del dinero
desde que he visto, en pocos años, ricos
al bolsista, al tahur y al usurero.

Ni me infunden respeto los borricos
que, con piel de león, dándose tono,
dejan á sus colegas tamañicos,

y que tan sólo tienen en su abono
de Darwin las utopías cuadrumanas
que hacen al hombre sucesor del mono.

Ni aun me inspiran respeto ya las canas,
cuando conozco á tanto viejo verde
que en teñírselas gasta las mañanas.

No creo en el amor ni en Villaverde,
al ver la vieja rica doña Eufemia
casada con un joven pisaverde,

y al ver morir de consunción y anemia
aquellas cacareadas circulares
contra el vicio soez de la blasfemia.

Cruzar de la política los mares
he visto y veo, sin calor ni frío,
deudos y amigos míos á millares...

Ayuntamiento de Madrid

Los que no sucumbieron al vago, sólo hallaron al fin de la jornada lodo y miseria, y corrupción y hastío.

En nuestra edad hipócrita y menguada política se llama, por mal nombre, al arte de vivir sin hacer nada.

El que quiere adquirir fama y renombre, aunque sea mal médico ó mal sastre, se dedica á político... y ya es hombre.

Y subirá, por poco que le arrastre el viento de la próspera fortuna, con tal que de vergüenza arroje el lastre.

Y si escalar consigue la tribuna y hacer oír su voz al Parlamento, subirá hasta los cuernos de la luna;

que aquí todo es cuestión de *escalamiento*, y todo se conquista con la charla esgrimida con arte y lucimiento.

Por eso se llamó sistema parlamentario, con justicia, á este sistema... si es otra la razón... averiguarla.

Mas basta de política, que es tema que me carga, repugna y encocora tanto como un purgante ó una enema.

Canamus, en latín, *paulo majora*, por ejemplo, las glorias de los vates dramáticos y cómicos de agora.

Al ver tales engendros y dislates, sospecho que Talía se ha mudado de su casa del Pindo á la de Orates.

Hoy está en boga un género averiado, en que autores, y público y artistas son cómplices del gusto depravado.

Titúlase ese género *Revistas*, y en él juegan ministros y toreros, chulas, doctores, pillos, estadistas,

cantaes, tahures y banqueros, mendigos, cortesanos, generales, políticos de talla y buhoneros...

No hay que buscar en las *Revistas* tales vis cómica, gracejo, sal, ni chiste, ni delicadas sátiras morales.

En ellas todo el mérito consiste en sacar á la pública chacota (con chaqueta ó chaquet, como él se viste)

á éste ó aquel político de nota, y envolverle en ridículo y en cieno, haciendo del teatro una picota.

El género podrá no ser ameno, pero cualquier autor le encuentra á mano, y el público á su vez le encuentra bueno;

que siempre el vulgo con placer insano goza en roer la fama del que vale, mostrando así su instinto de gusano.

Aunque no le supere ni aun le iguale, otro género ó guiso literario en el figón del arte sobresale.

Hinchado, pretencioso, funerario, se nos presenta el género *problema* queriendo dominar el escenario.

El público le lanza su anatema; pero los *problemones* no desmayan, y sigue cada loco con su tema.

El buen gusto les dice: ¡que se vayan! y los autores gritan: ¡aguantarse!

y se escriben *problemáticos* y se ensayan. y vuelta á los estrenos... y á silbarse; de modo que el problema sólo estriba en saber quién primero ha de cansarse.

¿Qué teatro moderno en perspectiva! El sentido moral cabeza abajo, el sentido común patas arriba...

¿Pero adónde me lleva este trabajo de censurar problemas teatrales hechos á escote, á posta y á destajo?

Salgan bombo, platillos y timbales, porque ahora va de veras necesario derramar los elogios á raudales.

Tengo que alzar el gallo, el tono, el grito para hablar de un autor á cuyo lado Shakespeare y Calderón valen un pito.

Genio deslumbrador, talento osado, la brújula del arte enmohecida bajo su pie titánico ha aplastado.

De rauda inspiración la mente henchida, y esgrimiendo á manera de piqueta la pluma en sangre y lágrimas teñida,

el *quidlibet audendi* del poeta es su bello ideal, y rompe ó salta de lo humano y lo lícito la meta.

Cuando su ardor dramático se exalta, no se pára en pelillos ni en ambages: le sobra corazón, si arte le falta.

Fieras, que no hombres, son sus personajes, y sus luchas de afectos y pasiones de la verdad y la virtud ultrajes.

Si se propone herir los corazones, no acudirá al finísimo escalpelo,

sino á tenazas, garfios y tizones.

El público se agolpa con anhelo al potro teatral, donde ya sabe que le esperan terror, frío y canguelo.

La prensa periodística, cual grave, transcendental asunto, se apercibe á soltar de la hipérbole la llave cada vez que algún drama nuevo escribe el afamado autor, y cada estreno con frenético aplauso se recibe.

De bote en bote el coliseo lleno, no ya palmadas, gritos y rugidos lanza el público todo á pulmón pleno; y luego, con hachones encendidos, al compás de nictícora charanga, y entre vítores, bravos y alaridos (más que ovación, sencilla mojiganga), se acompaña al autor á su vivienda... y el empresario diz: «¡Vaya una ganga!»

Esta, amigo Riera, ésta es la senda que deberán seguir todos los vates que al teatro llevar quieran su ofrenda... Mas ya te oigo decir: «No disparates, que tu genio bilioso te domina» haciéndote incurrir en mil dislates. «Si la opinión unánime se inclina á aceptar esa escuela literaria, no debe ser tan mala su doctrina; y es, en verdad, manía temeraria que un Blas *quidam*, cual tú, de poco pelo quiera llevar en todo la contraria.» No, Modesto, no tal; no me rebelo de la opinión contra el sereno fallo; pero sí de sus vértigos apelo.

Niego su competencia cuando la hallo por rutinario influjo avasallada; que á la rutina yo no me avasallo.

Y á esa misma opinión tan decantada, que decreta coronas á su antojo y hunde reputaciones en la nada, á esa misma opinión no más me acojo, que, cual niño, el juguete que hoy adora destrozará mañana con enojo.

Víctima de ilusión fascinadora, tornadiza, ligera, impresionable, fanática, extraviada y soñadora, la encontraré mañana razonable; y ella misma, entonando el *mea culpa*, me dará la razón... Déjala que hable.

Déjala que en los mármoles esculpa su confesión y humildemente pida á sus errores sincera disculpa...

Pero ni aun necesita ser oída; su silencio será más elocuente, sin mostrarse siquiera arrepentida.

Ese público mismo que hoy ardiente «¡No hay más allá!» pronuncia enajenado ante un drama del género *demente*, se retira á su casa, y más calmado exclama: «Aunque me den butaca y coche, no vuelvo á ver el drama celebrado.»

Y con efecto: á la tercera noche cayó en el hondo pozo del olvido el drama sublimado á trochemoche. Y es que, en dejando obrar al buen sentido, el razonado juicio se abre paso y le da á cada cual su merecido...

Pero ¡ay de mí! Riera, si por caso me das también á mí lo que merezco, el castigo, por Dios, no será escaso.

Apídate de mí, que yo te ofrezco no volver á hacer versos; considera que ni poeta soy ni lo parezco.

Hago punto final, caro Riera, que ya con esta carta estoy en ascuas... ¿Cómo la acabaré? De esta manera: *Te deseo salud y buenas Pascuas.*

BLAS.

LOS GRABADOS

EXPOSICIÓN DEL CADÁVER DEL ILMO. Y RDMO. SR. DON FR. MARIANO CUARTERO Y MEDINA, OBISPO DE SANTA ISABEL DE JOLÓ (ILO-ILO, FILIPINAS) QUE FALLECIÓ EL 16 DE JULIO DE 1884.

No es la primera vez que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA tributa al ilustre Sr. Cuartero el homenaje de su admiración y de su respeto; pero será desgraciadamente el último, puesto que la muerte ha privado á los fieles filipinos de uno de sus más celosos y esclarecidos Prelados.

Era natural de Frescano, en Aragón, donde nació el 22 de Marzo de 1813. Muy joven entró en la Orden de Santo Domingo, en la cual brilló muy pronto por su virtud, su talento y probado saber. En 1840 pasó á Manila de profesor de aquella insigne Universidad, ejerciendo después el priorato del convento de Santo Domingo.

De vuelta á España fué nombrado rector de Ocaña, luego Procurador general, hasta que, habiéndose estimado

conveniente la creación de una nueva diócesis en Filipinas, fué nombrado para desempeñarla el P. Cuartero.

La diócesis de Santa Isabel de Joló debe al primer Obispo su organización, su catedral, su seminario, su importancia; de modo que el nombre del P. Cuartero vivirá vinculado siempre al de esta diócesis filipina.

El P. Cuartero era además escritor, y de ello dará largo testimonio su obra *El Maestro doméstico*, escrita en lengua visaya, que es una obra enciclopédica de apología cristiana.

Ha muerto tan piadosamente como había vivido, rodeado de sus queridos fieles, que le han llorado como á un padre, á quien amaban con ternura y con entusiasmo.—R. I. P.

EL PÚBLICO DE UN NACIMIENTO

¡Cuánto gozan los niños en esta época del año contemplando los Nacimientos! Tan piadosa costumbre conviene conservarla en el seno de las familias cristianas, pues nada más inocente y bello, nada más dulce y regocijado que el cuadro que ofrece un conjunto de niños en presencia de un Belén, donde se representa el venturoso nacimiento del Niño Jesús.

Antiguamente rara era la casa donde no se hacía uno, fuese como se quisiera, y allí, en su presencia, se cantaban los villancicos al compás de la ruda zambomba y del estridente rabel. Los niños se daban cita en estos espectáculos, donde no solía faltar alguna golosina propia del tiempo que completaba las emociones placenteras de la inocente infancia.

Nuestro grabado es una idea ingeniosa, pues representa, no el Nacimiento, sino el público, ofreciendo una colección de caras que hacen sonreír por lo asombradas, absortas y satisfechas que se hallan á la vista del piadoso simulacro.

¿Quién no ha visto este cuadro? Aquí la realidad no quita nada á la belleza, antes bien el cuadro es tanto más bello cuanto es más verdadero.

EL CORO DE ARACELI EN ROMA

El Gobierno italiano ha mandado desalojar el célebre convento de franciscanos que lleva este nombre, y que era uno de los más insignes monumentos de Roma, erigido sobre el Capitolio en el lugar próximamente en que tenía su templo el jefe, digámoslo así, de los demonios del gentilismo, Júpiter Tonante.

Una piadosísima leyenda refiere que en el lugar que es hoy capilla de Santa Helena, la Virgen María, con el Niño Jesús (*il bambino Gesù*) en los brazos, se le apareció á Augusto el mismo día del nacimiento, motivo por el cual mandó éste erigir un altar que se intituló: *Ara primogeniti Dei*.

En cuanto al nombre de *Araceli*, viene de que los romanos llamaban al templo de Jove *Aurocelio*, de puro dorado, si bien más tarde se modificó con motivo de verse desde el emplazamiento del edificio una *ara* en el cielo sobre nubes de oro.

Sea como fuere, es Santa María de Araceli una de las más hermosas fábricas de Roma. Tiene tres naves, divididas entre sí por veintidos columnas de mármol, sacadas las unas del anterior templo pagano y otras del palacio de los Emperadores. La imagen que está en el altar mayor se atribuye al bienaventurado San Lucas. En dicha iglesia está enterrada Santa Helena, y figura también en ella una inscripción conmemorativa de la batalla de Lepanto. Finalmente, posee una copiosa y excelente biblioteca que presta cada día mucha utilidad á los curiosos, y es fama que sus frailes, pertenecientes á la Orden Franciscana, son muy ilustrados y corteses.

Perteneció este templo, cuyo origen se remonta á la paz de Constantino, á los Benedictinos primero, que tuvieron aquí una gran abadía, y á los franciscanos después, desde la época de Inocencio IV. Ha sufrido varias restauraciones.

En Navidad ha sido por largos siglos este templo muy visitado de los fieles que venían á adorar al *Niño Jesús*, el *Santo Bambino*, y se cuentan muchos milagros obrados por él aun en época reciente.

Haga pronto el de librar á Roma de los usurpadores de la Santa Sede.

FRANCISCO LENORMANT

III

(Conclusión.)



N 1874 quedó vacante la cátedra de Arqueología de la Biblioteca nacional, siendo nombrado para ocuparla Mr. Lenormant, quien la desempeñó durante nueve años. Su erudición casi universal, sus viajes científicos, su admirable conocimiento de los textos clásicos, las ocasiones que había tenido de ver ó manosear los antiguos monumentos, todo le señalaba para ser elevado á un puesto que habían ocupado antes que él muchos personajes científicos, y últimamente el simpático y elocuente Beulé.

¿Cuál era el carácter particular y la razón de ser de esta cátedra, establecida cerca de las salas de lectura y de las galerías de antigüedades de aquella rica Biblioteca? Mr. Lenormant va á decírnoslo, y de esta manera sabremos por boca del mismo la idea justa y elevada á un tiempo mismo que él se formaba de su tarea de profesor:

«Fué una idea práctica y feliz—decía—el anexionar una enseñanza arqueológica al más rico depósito de libros que existe en el mundo, y situarla junto

á uno de los más bellos gabinetes de antigüedades de Europa...»

Después añadía desarrollando su pensamiento: «Yo mismo, antes de enseñar aquí, no me explicaba lo que es para un profesor la facultad de tener en torno suyo, sobre su cátedra, hasta quince ó veinte volúmenes de grandes obras ilustradas, con cuyo auxilio pueda demostrar todos sus asertos, con pruebas y sus comentarios gráficos... Este incomparable auxilio se halla además completo... por la facilidad que se os ofrece de subir, al salir de esta clase, á las salas del gabinete de medallas, y examinar allí una rica colección de monumentos originales, de manejarlos, estudiarlos directamente, comprobar allí mucho mejor que sobre figuras, siempre imperfectas cuanto haya podido deciros...»

En 1874 y 75 eligió por asunto de sus cursos los textos y monumentos relativos á los misterios de Eleusis, que, como hemos visto, conocía mejor que nadie.

Los dos años siguientes (1875-77) fueron dedicados al estudio de las monedas antiguas bajo el punto de vista del arte, de la economía política y de la historia. La acogida simpática que obtuvo de parte del público, unida al deseo de difundir entre los hombres instruidos nociones harto ignoradas, le indujo á formar con sus lecciones una obra cuyo plan explicó su sabio sucesor con estas palabras:

«Francisco Lenormant escribió esta obra sobre un plan verdaderamente grandioso... La obra debía dividirse en ocho tomos: el I de ellos podía considerarse como una extensa introducción; el II trataría de las diferentes materias empleadas para su redacción; y el III, por último, bajo el título de *Ley de las monedas antiguas*, esclarecería las cuestiones concernientes al derecho monetario, las uniones de las monedas, los magistrados encargados de examinar la acuñación y la organización de los talleres.

«Después de esta primera parte entraba en los planes del autor añadir una segunda, consagrada á las cuestiones de arte y de epigrafía. En el tomo IV debía tratarse de la forma de las monedas antiguas, de sus tipos y leyendas, y en el tomo V se haría una reseña de paleografía monetaria que debía comprender, además del griego y el latín, los escritos semíticos, los del Asia Menor, de los países iraníes y de la India.

«La tercera parte tendría un carácter histórico. El tomo VI trazaría la historia de los sistemas monetarios de la antigüedad oriental y de la griega; el tomo VII, el de los sistemas de la antigüedad itálica y romana; por último, el tomo VIII seguiría las transformaciones de las monedas en las civilizaciones independientes en el extremo Oriental, en la China, en el Japón y en la Corea.

«Este plan tan firmemente trazado y tan lógicamente distribuido, exigía ocho tomos. Pero ¡ah! sólo vieron la luz los tres primeros en 1878 y 1879; pero aunque bajo una forma un tanto prolija, estos tres tomos son excelentes, nutridos de hechos, abundantes en observaciones sagaces y fecundos en comparaciones. Ellos merecen ser considerados como el código de numismática moderna, y hacen vivamente deplorar que la obra con tanto afán emprendida haya sido tan súbitamente abandonada, á pesar del favor con que el público ilustrado la acogió desde un principio...»

A este resumen tan explícito, á esta apreciación tan justa de la obra numismática de Mr. Lenormant, es para nosotros una satisfacción el poder añadir una página copiada de los cuadernos inéditos de Francisco:

«Si cada uno de nosotros, decía á sus oyentes, quiere ser un verdadero sabio en numismática, debe empezar por ser un relator y un descriptor. Es preciso ante todo observar los hechos para aprender á comprenderlos y explicarlos... pero la nomenclatura, pero los catálogos no podrían ser nunca un fin, porque todos son un medio.

«A las hechos de detalle bien consignados, científicamente agrupados, debe pedirse la devolución de una página perdida del pasado de nuestra especie, de una página que pertenece á uno de los capítulos más importantes de la historia, al de las relaciones pacíficas de los hombres entre sí, de su comercio, entendiendo esta palabra en el sentido tan lato y elevado del latín *commercium* en el capítulo de los anales de la producción y del cambio.»

Debíamos extendernos algún tanto más acerca de las tareas numismáticas de Mr. Lenormant; pero lo que hemos dicho sobre el particular basta para demostrar su importancia é interés, y á ello podemos añadir el juicio formado sobre esta materia por Mr. Rayet: «Estos trabajos pueden considerarse como una de sus principales obras, como una por lo menos de las que durará más tiempo la memoria.»

Los años 1877-1879 fueron dedicados á estudiar el culto y los misterios de Baco, así como los monumentos que á ellos se refieren. En hecho de verdad, lo que Mr. Lenormant se proponía estudiar en estos dos últimos años era el politeísmo griego completo, con el auxilio de los datos de la arqueología monumental. «En efecto—decía—en los monumentos figurados es donde la religión griega se nos representa viva en su desarrollo más completo.» Más adelante, explicando por qué entre los innumerables dioses del Olimpo fué elegido Baco, dice que por ser el dios más popular de Grecia.

Hemos hojeado los dos voluminosos tomos en donde se hallan reunidas las lecciones del sabio profesor. Investiga en ellas el origen de la religión dionisiaca, su propagación por los diferentes países de Grecia y las fiestas conmemorativas de los principales recuerdos. Pasando después al dios mismo, estudiaba sus atribuciones físicas y morales, sus símbolos tan variados y sus representaciones tan diferentes. Pasaba después revista á los mitos del ciclo dionisiaco, y el curso terminaba con una lección acerca de los orígenes del culto de Baco en Etruria y en Roma.

Del curso de los dos años (1879-1881) sobre el Panteón caldeo-babilónico, sólo diremos una palabra; bastará después del estudio que hemos hecho anteriormente de las obras de Francisco acerca de la Siria y de Caldea. Copiamos sencillamente el programa de sus lecciones, hallado entre sus papeles: «Nos hemos esforzado—dice—para reconstituir el Panteón de Babilonia y Siria, los nombres y la jerarquía de sus dioses, sus atribuciones y los tipos de sus representaciones figuradas, á fin de establecer las primeras bases de una interpretación verdaderamente científica, ilustrada con textos originales, con las obras plásticas que nos han sido legadas por las antiguas civilizaciones de las márgenes del Eufrates y Tigris, y especialmente por los cilindros, cuyos asuntos son tan variados y tan enigmáticos hasta ahora.»

Mr. Lenormant dedica, durante los años 1881 á 1883, las lecciones de la Biblioteca á «la historia de la Cerámica, y particularmente á los vasos pintados en Grecia y en Italia». La bibliografía del asunto tratado ocupa por sí sola cinco lecciones de las más interesantes, porque el profesor no se limita á una árida nomenclatura de obras y de autores, sino que da su juicio acerca de cada uno de ellos, profundo y motivado.

El 18 de Enero de 1882 fué consagrado, en su lección, á referir la vida y las tareas de Mr. Adrian de Longperier, cuya muerte acababa de saberse: era un sabio del temple de Mr. Lenormant. Además fué siempre para Francisco «un maestro y un protector invariable, y se complacía tratándole como amigo».

Ya hemos visto que, á propósito de los fragmentos cosmográficos de Beroso, Mr. Lenormant había estudiado las primitivas tradiciones de Oriente, comparándolas gustoso con el relato bíblico. Era su propósito hacer un sencillo ensayo, al cual se proponía dar en adelante más vastas proporciones. En 1880 llevó á cabo su propósito, con la publicación del primer tomo de los *Orígenes de la historia según la Biblia y las tradiciones de los pueblos orientales*. El segundo tomo vió la luz en 1882, un año antes de su muerte, y el tercero, dispuesto ya, y al cual añadió una mano amiga una tabla detallada, acaba de ser publicado (1884). El autor mismo hizo un excelente resumen de esta obra, que se encuentra en el tomo primero (cap. II) de su *Historia antigua de Oriente*.

Esta obra de Francisco fué duramente atacada así que apareció: los escritores católicos le echaban en cara el haberse tomado tantas libertades con el texto bíblico, y los racionalistas el no haber dado á la crítica y al mito, en sus interpretaciones, un lugar bastante amplio. «Nosotros no vamos á trazar aquí—dice el autor de estos artículos—la historia de estas discusiones, en donde se ha visto descender á la arena adversarios de muy desigual competencia; pero no tenemos razón alguna para ocultar nuestro juicio acerca de la obra, y pedimos á los lectores de la *Controversia* el permiso de manifestarlo sencillamente y sin rodeos.

«Observemos ante todo—dice—que todas las investigaciones de Mr. Lenormant se hallaban dominadas por una cuestión general y de la mayor importancia, es decir, por el punto de la *Inspiración* de los libros sagrados, de su naturaleza y extensión. Basta abrir un curso de Historia Sagrada para conocer las soluciones dadas por los teólogos y los expositores católicos á estas delicadas cuestiones; podrán hallarse particularmente en el *Manual bíblico* del sacerdote Vigouroux (t. I, cap. I).» Si con estas soluciones propuestas por los escritores católicos se comparan las ideas de Mr. Lenormant acerca de la *Investigación*, se encuentra entre los dos una diferencia notable. «Lo que leemos en los primeros capítulos

del Génesis—decía—no es un relato dictado por el mismo Dios y cuya posesión haya sido el privilegio del pueblo escogido. Es una tradición que poseían mancomunadamente, con pequeñas variantes, todos los grandes pueblos del Asia anterior¹.»

Pues ¿en qué consiste la inspiración propiamente dicha? Respuesta de Francisco: «Consiste en el espíritu absolutamente nuevo que anima su narración (la de los escritores judíos...) Esto es, el mismo relato, los mismos episodios, que se suceden de igual manera, y por tanto sería preciso estar ciegos para no ver que su sentido es enteramente distinto. El politeísmo exuberante que predominaba en estas historias entre los caldeos, fué cuidadosamente eliminado para ceder su lugar al más rígido monoteísmo. Lo que revelaba nociones naturalistas de grosera singularidad, háse cubierto con traje de verdades morales del orden más elevado y más puramente espiritual².» Preciso es, por tanto, reconocer que acerca de este primer punto se desentiende gravemente Mr. Lenormant de las nociones aceptadas por los teólogos católicos, y que tendrían muy poco derecho á incomodarse contra él. Digamos, sin embargo, en descargo del sabio que su buena fe quedaba entera. «Por lo que á mí toca—escribía—veo sin vacilación en la tradición bíblica el efecto de una intervención sobrenatural de la Providencia, é inclino mi cabeza ante el Dios que inspiró la ley y á los Profetas³.»

El segundo punto menos general ante el cual se veía colocado Mr. Lenormant, era más importante todavía. Tratábase de saber cómo se había compuesto el Pentateuco, y particularmente el Génesis. Si hubo un plan en la composición de esta obra, y por consiguiente un redactor único, como lo enseñan comúnmente los doctores católicos, ó bien si uno se encuentra frente á frente de fragmentos coleccionados de todas partes y agrupados sin orden, como lo pretenden los escritores racionalistas.

Hasta pretenden ellos haber distinguido muy claramente estos fragmentos y haberlos agrupado en dos grandes clases, cuya diferencia estableció el uso del nombre de Elohim y Jehová para designar á Dios. De aquí los nombres de fragmentos elohistas y jehovistas, dados á estas dos clases de documentos.

Esta distinción tan disputable, puesto caso que en ciertos pasajes se emplean simultáneamente los dos nombres divinos, había producido viva impresión en el ánimo del sabio profesor. «No creo posible—decía—el sostener por más tiempo la tesis llamada *unidad de composición* de los libros del Pentateuco.» Y más adelante: «Tengo por demostrada la distinción de los dos documentos fundamentales, elohista y jehovista, que sirvieron de fundamento al redactor distintivo de los cuatro primeros libros del Pentateuco, y entre los cuales se ha limitado á establecer una manera de concordancia, dejando la redacción intacta... De aquí resulta que estos dos textos primordiales contienen discordancias que el redactor dejó subsistentes, pero que sólo afectan á hechos de un carácter histórico, y no sobre los datos esenciales de la ley⁴.» Estaba Mr. Lenormant tan enteramente convencido de la importancia de este descubrimiento, que lo constituyó en la base de una traducción del Génesis, cuyo objeto indicaba suficientemente *El Génesis traducido del hebreo, con distinción de los elementos constitutivos del texto, seguido de un ensayo de restitución de los textos primitivos de que se sirvió el último redactor*.

Una tercera cuestión que Mr. Lenormant no debía echar en olvido, es la que puede formularse en estos términos: ¿qué parte debe darse en las relaciones del Génesis á la alegoría y al símbolo? El docto profesor estaba convencido de que aquella debía ser muy amplia, muy extensa, y bajo esta impresión fué como concibió y escribió sus *Orígenes de la historia*. «A los que le echan en cara—dice el autor de estos artículos—sus atrevimientos, crea estar autorizado para oponerles casi toda una escuela expositora célebre entre todas, la escuela de Alejandría, y en particular al sabio Orígenes, tan célebre por sus trabajos escriturarios. Crea además poder apoyarse en la autoridad de un ilustre Cardenal, temible adversario de los protestantes del siglo XVI, Cayetano, cuyas opiniones pueden considerarse atrevidas, pero sin poder calificarlas de heterodoxas, puesto caso que nunca las censuró la Iglesia.»

Mucho se ha insistido, y nosotros acabamos de hacerlo como los demás, sobre los lados defectuosos ó atrevidos de esta obra; pero generalmente se ha

omitido el hacer observar las ventajas, los esclarecimientos, las luces que suministra al intérprete de la Sagrada Escritura en esta serie de capítulos de una erudición colosal, en que las tradiciones sobre la creación del hombre, el pecado original, las generaciones antediluvianas, el diluvio, la cuna de la humanidad postdiluviana, el patriarca salvado del diluvio y sus tres hijos, por último, sobre la tabla etnográfica de los pueblos, que ocupa ella sola tomo y medio, pasan sucesivamente á los ojos del lector, sorprendido de tantas comparaciones tan inesperadas como fecundas. A este punto de vista expositivo, tan interesante para un amigo de los libros sagrados, leeráse con el mayor provecho el capítulo sobre el diluvio, en el que todas las tradiciones acerca de este grande hecho bíblico se encuentran tan hábilmente resumidas y condensadas para conducir á estas graves é interesantes conclusiones: 1.^a El relato del diluvio es una tradición universal. 2.^a Es un suceso real y plenamente histórico. 3.^a Se verificó junto á la cuna de la humanidad primitiva, antes de la dispersión de los troncos de las familias. No hemos ocultado los puntos flacos de esta obra, pero persistimos en creer que los expositores tienen mucho que tomar de estos capítulos, y que nadie se sublevará contra el título puesto al primer cuaderno; éste, lectores, es un libro de buena fe.

Tantas tareas acerca de los más distintos asuntos señalaban muy naturalmente á Mr. Lenormant para ocupar la plaza vacante en la Academia de las Inscripciones y Bellas Artes. Fué elegido miembro del Instituto el 6 de Mayo de 1881, y durante el poco tiempo que tuvimos el gusto de tenerle entre nosotros, dice una voz autorizada, no dejó de dar nuevas pruebas de su celo por la ciencia.

Entre los títulos científicos que decidieron la elección del Instituto, uno de los más importantes é indisputables fué la Memoria de Francisco titulada: *Ensayo sobre la propagación del alfabeto fenicio en el antiguo mundo*. Obra dedicada á la memoria de su augusto padre. Quince años habían transcurrido desde esta época, cuando la docta Asamblea llamaba á su seno al que en otro tiempo colmaba de aplausos y ceñía coronas.

Antes de terminar, debemos mencionar ligeramente los viajes de Francisco á la Italia meridional. Empezó el primero en el otoño de 1879; á éste siguieron un segundo y un tercero en los años 1881 y 82; atraíanle á este país los recuerdos históricos, y sobre todo los descubrimientos que de él esperaba hacer. Tantos pueblos y civilizaciones han pasado por su suelo. Griegos, romanos, cartagineses, bizantinos, sarracenos y normandos, sin mencionar los pueblos romanos, se disputaron estas ciudades de la gran Grecia; y como no descubriese en él algunos vestigios de su paso y de sus guerras, Mr. Lenormant le creía firmemente, y los cinco gruesos tomos que contienen el resultado de sus excursiones, demuestran claramente que no se había engañado.

A pesar de la uniformidad de esta historia se observa variedad en estos volúmenes, merced á las disertaciones, á los relatos y biografías que Francisco insertó en número considerable en ellos.

Por desgracia la salud de Francisco se hallaba por aquel entonces alterada más de lo que él creía, teniendo más que temer las consecuencias de haberse abierto de nuevo la herida recibida en el sitio de París.

Durante los meses que se siguieron á su regreso á Italia, fué cuando recogió y puso en orden las notas arqueológicas de su viaje á la gran Grecia. En la misma época preparaba el tercer tomo de los *Orígenes de la historia*. Era preciso rendirse á la evidencia y conducir á Francisco á París en un estado casi desesperado. Sin duda la Providencia permitió esta larga y dolorosa agonía para que pudiésemos aprovecharnos del valor y energía de que no dejó de dar pruebas, y sobre todo para que sus sentimientos piadosos y su resignación cristiana no dejaran de brillar.

En cuanto á sus sentimientos cristianos, nos han sido revelados en una tierna página que vamos á reproducir. No se pueden referir con más sencillez ni más delicadeza los últimos días de un sabio cristiano.

«Durante su larga y penosa enfermedad—escribe un testigo de vista—demostró sentimientos de fe viva, de valor y resignación que admiraron á los mismos que sabían cuán sinceras eran sus convicciones y cuán cristiana su vida entera.

«Tenía verdadero deseo de curar, no sólo por no dejar abandonada á su venerable madre, que perdía en él al último de sus cuatro hijos, á su viuda y á su hijo de menor edad, sino porque se consideraba útil para la causa de la Iglesia.—Aún me queda una obra que hacer—repetía frecuentemente, y hasta el último día esperó que Dios le dejaría aún trabajar por su gloria.



¹ Los orígenes de la historia, tomo I, prólogo, pág. 17 (segunda edición).

² Ibid., pág. 19 (segunda edición).

³ Los orígenes de la historia, t. I, prólogo, pág. 20 (segunda edición).

⁴ Los orígenes de la historia, t. I, prólogo, págs. 10, 11 y 12 (segunda edición).



EL PÚBLICO DE UN NACIMIENTO.

»Pero este su ardiente deseo, tan fácil de explicar, iba acompañado de una perfecta resignación; incesantemente tenía en los labios el nombre del Salvador, y lo pronunciaba amorosamente. Felicitábase por la honra que Jesucristo le concedía permitiendo que los médicos hubiesen practicado cinco aperturas en su cuerpo, á imagen de las cinco llagas del Maestro á quien amaba. Aceptaba con amor la voluntad de Dios, y esta sola palabra calmaba todo el ardor de su deseo de vivir, y él era el que alentaba y consolaba á los que le rodeaban comunicándoles su sumisión y la paz que reinaba en su corazón¹»

En estos sentimientos de fe y resignación cristiana fué como Mr. de Lenormant exhaló el último

suspiro en los brazos de su amigo el sacerdote de Broglie, cuando iba á cumplir los cuarenta y siete años de edad. El 11 de Diciembre una multitud de amigos y colegas suyos y de sabios acompañaron á Mr. Lenormant á su última morada, pronunciándose sobre su tumba tres discursos por sus más entusiastas admiradores.

Terminaremos este estudio biográfico con una reflexión que expresa mejor que nada la lección que se desprende de estos apuntes y la primera idea que la inspiró: «La muerte de Mr. Lenormant será, pues, como su vida y sus escritos, un testimonio de que no se hallan en oposición la ciencia y la fe, y que pueden habitar en la misma inteligencia sin destruirse ni debilitarse la una á la otra.»

D. LE HIR.

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA

(Conclusión.)

No es de creer que se haya borrado tan pronto la memoria de aquellas felices tentativas despertadoras del generoso entusiasmo que por sí sólo es un estímulo para engendrar grandes obras, ni que se haya olvidado la paternal solicitud con que esta Academia se esforzaba por excitarlo y mantenerlo, desarrollando en sólidas enseñanzas el germen creador de la verdadera belleza artística. Citar aquí el nombre de los que más y con mejores frutos sobresalieron entonces, sería ofender la modestia de algunos que me están oyendo. Pero ello es que en aquel inolvidable período hasta los mismos pintores

¹ *Semana religiosa de París del 15 de Diciembre de 1883.*



EL CORO DE ARACELI EN ROMA.



de mérito educados en la escuela de Maellas y Bayeus, y pagados de sus condiciones peculiares, como D. Vicente López, trataron alguna vez de buscar el acierto por otro camino merced á la eficacia ineludible de tan poderoso influjo.

El ejemplo del Trono contribuyó también á propagar el amor del arte. Aún me parece estar viendo estos salones honrados en más de una pública exposición con pinturas debidas al hábil pincel de la augusta Reina Cristina, y fuera ingratitud no recordar con satisfacción que un príncipe de sangre real, el infante D. Sebastián de Borbón y Braganza, se sentaba entre vosotros y tomaba parte en vuestras beneficiosas tareas, gozándose en añadir á sus timbres el de apasionado y entendido cultivador de las bellas artes.

Ni fueron de poca monta por aquel entonces los esfuerzos del Gobierno en pro de la regeneración del arte y del poderoso estímulo del interés del artista. Apelando á cuantos medios se le ofrecían para conseguir la una y dar al otro la satisfacción posible (secundado siempre con empeño por la buena voluntad y las luces de esta docta Corporación), empleando gruesas sumas en adquirir cuadros premiados, abrió á los pintores un porvenir que no hallaban sin tal auxilio; por donde vimos en breve suceder á las modestas Exposiciones anuales celebradas en este edificio otras y otras, en períodos menos angustiosos, ya en los claustros y galerías del antiguo convento de la Trinidad, hoy ministerio de Fomento; ya en las extensas cuartos de la nueva Casa de Moneda; ya en otros locales dispuestos expresamente para ello, y más capaces de albergar el creciente número de cuadros de varios géneros con que jóvenes llenos de ardor se presentaban en esos certámenes, ansiosos de satisfacer nobles necesidades del alma y de coger lauros en el huerto de la inspiración artística.

¡Hermoso renacimiento el que empezó con obras tan bien pensadas y sentidas como el *Godofredo de Bouillon*, las *Marias en el Santo Sepulcro* y el cuadro de los *Girones*, que daba fe del espíritu romántico en los brillantes lienzos de Villamil, Zorrilla del paisaje (tan fantástico, tan desaliñado é incorrecto como el versificador, pero no menos poeta), y que fué desarrollándose y tomando vuelo hasta llegar al punto en que lo admiramos en las últimas Exposiciones anteriores á la desastrosa revolución del año 68!

Temeroso de incurrir en olvido ó en predilección injusta, no citaré aquí nombres propios. Séame dado, no obstante, recordar con patriótico orgullo el triunfo alcanzado en París por nuestro Eduardo Rosales compitiendo en una Exposición universal con los más famosos pintores contemporáneos de otras naciones. Hijo del renacimiento efectuado bajo el cetro de Doña Isabel II, Rosales, arrebatado á la gloria de la patria en edad florida, descollaba entre los brillantes jóvenes que se han ido dando á conocer ventajosamente en los diversos ramos de la pintura de treinta años á esta parte. Rindiendo culto á la belleza ideal, procurando seguir en los medios de expresión las huellas de nuestro gran naturalista del siglo XVII, aquel inolvidable pintor hace recordar con sus obras, y muy principalmente con el cuadro de *Isabel la Católica dictando su testamento*, y con los dos *evangelistas* que habían de ornar el ya destruido templo de Santo Tomás de esta Corte, muestra elocuente de la majestad y elevación á que era capaz de subir, los buenos tiempos de la pintura de historia.

Con igual poder en el límite de sus facultades, y con mucho mayor fortuna, otro pintor de altas prendas, arrebatado también en flor á la admiración del mundo (que no se cansaba de aplaudirlo, tal vez porque su índole se ajustaba más á las caprichosas exigencias del tiempo presente), hizo no há mucho resonar en todo el orbe la fama de nuestra moderna Pintura. ¿Quién que se precie de amar lo bello desconocerá el nombre de Fortuny? ¿A quién ha de ocultársele que para obtener con la sola recomendación del mérito el aplauso de naciones como Inglaterra, como Francia, como Italia, cuna del arte moderno, donde su custodia los más preciados tesoros del arte antiguo, es necesario estar dotado de excelentes calidades?

Y sin embargo, lo mismo Rosales que Fortuny han contribuido al descamino en que hoy vemos á la mayoría de la juventud consagrada al cultivo de la Pintura. La franqueza, quizá extremada, que en ellos era modo genial y propio de interpretar la naturaleza y de expresar lo que pensaban ó sentían (franqueza que no puede emplearse discretamente sin profundo estudio del natural, sin gran dominio del dibujo y del color), en manos de sus imitadores, mal preparados para usarla, se ha convertido en incorrección y desaliño, cuando no en medio fácil de reproducir ó de realizar lo feo.

Mas no por ello se imagine que al ejemplo de

Rosales y á la singular estimación con que acogieron en París los cuadros de Fortuny, pagados de su brillante estilo, se deba atribuir exclusiva, ni siquiera principalmente, la mala dirección que han tomado en estos últimos tiempos casi todos los pintores españoles enamorados de lo que hoy se nombra *realismo*. Suponerlo así fuera dar en injusticia notoria. El rebaño de imitadores serviles de artistas que sobresalen por su originalidad, tal vez los menos aptos para imitados en lo que constituye su privativo carácter, lleva en el pecado la penitencia. Limitándose á ver por ojos ajenos, apártase voluntariamente del camino de la verdad, donde no entrará con planta segura quien no estudie y observe sin preocupaciones la naturaleza misma. Esos imitadores de una forma ó de una manera dada, aves de paso en las regiones del arte, no serían peligrosos, ni influirían en la marcha y dirección del gusto, si únicamente reflejasen el imperio accidental y momentáneo de un capricho de la moda. Pero ejercen influencia muy transcendental y nociva cuando al servilismo de semejante imitación va unido el sistemático empeño de prescindir de lo que es de esencia, y de reducir el arte bello á mero esclavo de los medios materiales. Este absurdo materialismo (que se lo concede todo á la forma y al color, y se lo niega más ó menos deliberadamente al espíritu, á la poética expresión de la belleza ideal, alma verdadera de la inspiración artística) tampoco entrañaría por sí sólo grandes peligros para la futura suerte de sus creaciones si no fuera manifestación parcial de un contagio que se extiende por casi todos los dominios de la actividad humana. Porque lo es, y encuentra en la crítica, no ya quien lo atente, sino quien lo aliente dando pábulo á la propagación de un mal que tiene más hondas raíces de lo que algunos se figuran, es necesario aplicar el cauterio de muy explícita condenación á la desvariada creencia que ha venido á torcer el rumbo de la Pintura española, empujándola hacia el abismo de la nulidad más deplorable.

No hay que forjarse ilusiones: encadenarse por ofuscación de entendimiento á una opinión equivocada; empeñarse en el triunfo de un falso sistema porque halaga los sentidos ó alimenta la inclinación de materiales instintos; desentenderse de lo sobrenatural y perdurable para echarse en brazos de lo terrenal y transitorio, como si no estuviéramos dotados de cuerpo y alma, y ésta no venciese á la muerte traspasando el límite de la mundana existencia, podrá satisfacer á los que reniegan de su origen celestial; pero es vivir constantemente, sin darse cuenta de ello, al borde de un precipicio.

No, no es tal el fin á que debe aspirar el arte. Para que la Pintura cumpla el destino que está llamada á realizar, es menester que no se resigne á vivir en situación tan precaria, que rompa con varonil energía las duras trabas que le han impuesto en nombre de una libertad engañosa, que no se postre en los altares de la mentira que deslumbra con capa de realidad, que no se haga cómplice de los bastardos elementos que por tal camino pudieran arrastrarnos luego á la barbarie. Bajar desde las maravillas pictóricas de la capilla Sixtina, desde las sublimes concepciones de Vargas, de Juanes ó de Murillo, desde los grandes lienzos históricos de Velázquez, y aun desde los mismos cuadros que en este siglo inauguraron y prosiguieron felizmente el renacimiento de nuestra Pintura, hasta los desdichados engendros sin vida espiritual y sin verdadero sentido humano en que se aplace el *realismo*, ó hasta la fatigosa repetición de asuntos pueriles é insignificantes, por lo común reproducción chapucera de ciertos tipos en que Goya ejerció su pincel, es punto menos que hacer burla de lo que hoy se llama enfáticamente *misión civilizadora* de las bellas artes.

De ese trasnochado *goyismo* que tanto priva, y á que ha dado alas la mal regida afición del vulgo que presume de inteligente, no es responsable el esclarecido maestro con cuyo nombre se excusa. Siguiéranle, no en sus imperfecciones y yerros, sino imitando lo que hay en él de delicado y hermoso; siguiéranle en interpretar la naturaleza con la sinceridad que él lo hacía; pensarán como él pensaba (sin que yo trate ahora de apreciar la índole de sus ideas), y entonces los que parodian su estilo, á fuer de espíritus independientes, no aparecerían tan vacíos, ni se pondrían en pugna con los encantos de lo bello, como acontece á cada paso.

Yo bien sé que el arte se presta á representar toda clase de asuntos con tal que se haga sin prescindir de sus razonables prescripciones, y que por ende fuera injusto menospreciar las bambuchadas de Teniers ú otras obras de especie análoga, porque no encierran el alto concepto que tan elevadamente supo expresar el pintor de Urbino en la *Escuela de Atenas*, en el *Pasmo de Sicilia* y en la *Transfiguración*. Pero á medida que la Pintura se aleja de

los grandiosos pensamientos y creaciones sublimes para deleitarse en representar asuntos vulgares ó pedestres, necesita más suplir con el atractivo de la verdad y con la perfección de los medios empleados para darles realidad artística (como en los *Borrachos* de Velázquez) la ausencia de más elevadas condiciones.

¿Lo hacen así los pintores que blasonan de *realistas*, arrastrados en las cenagosas corrientes del materialismo que aspira á despotizarnos? ¿Aciertan aquellos que creen que la invención ha de reducirse á copiar con la implacable exactitud del fotógrafo cuanto hay en la naturaleza, y que la realidad es el único fin á que ha de dirigirse el arte? Después de lo que ya he manifestado, está de más la respuesta. Mas si no se dedujese de cuanto he dicho, daríanla con afrentosa elocuencia los abundantes ejemplos de ese lastimoso extravío que ayer mismo nos avergonzaban en la Exposición del año 75, fruto amargo de las funestas doctrinas que se complacen en romper todo freno de autoridad bienhechora.

«Reducir las artes imitativas á la expresión de lo real, ha dicho un crítico insigne¹, querer que el pintor, el estatuario, el poeta se propongan como objeto supremo la transcripción de lo que ven, es renegar de la naturaleza y del poder de la imaginación.» — Decid, pues, enemigos de las tradiciones y máximas en que se formaron los célebres artistas de la antigüedad y los famosos pintores del renacimiento; vosotros que os figuráis contribuir á la libertad y al progreso artístico ateniéndoos servilmente á la mera reproducción del modelo que os ponen delante, ¿creéis que es proceder con independencia, que es progresar, en el buen sentido de la palabra, olvidar el hermoso papel de intérpretes de la naturaleza, tener en poco el gran estilo cimentado en la idealidad poética? ¿Juzgáis que valen más que el ejemplo de los grandes maestros, que dan mejor testimonio de la fecunda libertad del gusto las grotescas manifestaciones del malhadado *realismo* actual (calumniador inconsciente de la realidad artística), cuya estrechez de miras y falta de solidez constituyen una de las peores maneras que han infestado el campo de la Pintura? ¿Ignoráis que en vano trataréis de producir bellos cuadros si no conseguís que en ellos se compenetren lo ideal y lo real? ¿No os han dicho que el arte, lo mismo que el hombre, ni es sólo materia, ni es sólo espíritu, sino armónica y perfecta conjunción de uno y otro? Pues si os lo han dicho (y á lo menos debierais saber cosa tan elemental) ¿por qué cerráis los ojos á la evidencia? ¿Por qué os engolfáis más cada vez en la selva oscura donde podéis llegar á perder de vista la noción fundamental de lo bello?

Señores académicos, hace más de veinte siglos, cuando el cristianismo no había difundido aún por el mundo sus eternas verdades y los sabios yacían envueltos en las tinieblas del error pagano, Pitágoras y Platón sostenían que el fin de la vida era hacerse semejante á Dios. Afirmáronlo también los Santos Padres después de la redención humana, porque la verdad es una siempre y no se amolda al capricho ni á la vanidad del tiempo. Hoy se suele pensar otra cosa. Hoy no falta quien crea, ó aparente creer, que el fin de la vida es hacerse semejante al bruto. Pues bien; si en el arte, como en la vida, es antigualla procurar acercarse á Dios alimentado el espíritu con la savia de la belleza ideal; si se ha de estimar como progreso, como alto y supremo fin esclavizarse á la materia y hacerse semejante al bruto, por mi parte renuncio á la gloria que me pudiera caber en tan noble semejanza.

MANUEL CAÑETE.

ESTHER

LEYENDA BÍBLICA

I



las orillas del Eufrates, no muy distante de Babilonia, existía, hacia el año cuarto del reinado de Artajerjes, nombrado Asuero, una pequeña aldea escondida entre los umbrosos bosques de la ribera, rica por la fertilidad que la proporcionaba el gran río y apartada de todo bullicio que pudiera interrumpir la envidiable calma de sus felices moradores.

A la postre de un día caluroso, cuando el sol, fatigado al parecer de su carrera, ocultaba sus últimos resplandores en la inmensidad del horizonte sin término de las llanuras de Asiria, comenzaron á poblarse los umbrales de las casas del pueblo con

¹ Gustavo Planche.

los niños y mujeres, ansiosos de respirar la fresca brisa que se alzaba del seno de las aguas.

Frondosa era la campiña, el tiempo suave, y convidando al reposo la hora vespertina; pero hubiera faltado á cuadro tan magnífico lo mejor de su gala y encanto sin el atractivo que le prestaba un donoso grupo de jóvenes doncellas reunidas en torno de otra, más que todas hermosa, bajo los terebintos plantados ante la puerta de un edificio modesto y de arquitectura semejante á los construídos por los desterrados de Judea.

Embebidas estaban en bordar algunas de aquellas famosas telas que por su primor ganaron fama de hábiles en labores de aguja á las mujeres de Babilonia; y tanta fué la distracción del aplicado corro, que percibieron de las últimas la confusión que ocasionaba la vista de una numerosa caravana que, sin torcer camino, dirigía sus pasos á pernoctar en el pueblo.

Cuando los habitantes advirtieron los desusados huéspedes que se les entraban de improviso, ya los primeros corredores encargados de explorar el terreno doblaban una eminencia que ocultaba el resto de los viajeros, que no tardaron en llegar en pos, causando maravilla con su rozagante aparato á los rústicos que á la sazón llegaban de las faenas del campo, como la causaron desde luego á la población sedentaria. Con efecto, el lujo de señores y criados; las gualdrapas de los caballos, adornadas de rica pedrería; tanto número de camellos cubiertos de finos reposteros y conducidos por esclavos negros como el ébano, indicaba gente de importancia, cual no había cruzado aquel territorio desde los antiguos reyes de Caldea.

Casi al fin de la caravana, en el sitio de mayor distinción, un venerable anciano oprimía los ijares de una mansa yegua de Capadocia, que prestara á la nieve su blancura á no haber tenido la naturaleza capricho de salpicar su piel de menudas manchas negras, cual si el arte hubiera intervenido para ello.

Blanca era también la talar vestidura del respetable ginete, recamada en oro y azul, y su luenga y poblada barba, trenzada en bucles á usanza de los magos, cubría su pecho, infundiendo respetuosa confianza á quien tan grave aspecto consideraba.

Sostenía el anciano en su frente la elevada tiara de los sátrapas de Persia, distintivo seguro de su alta jerarquía, como también insignia de autoridad de uno á otro confín del vasto imperio del Asia.

Llegó con mesurado reposo al frente de las jóvenes bórdadoras de que antes hemos hecho mención, y conteniendo el gallardo caminar de su yegua, se volvió luego hacia la más gentil de las doncellas; y parándose á mirarla breve rato, sonrió con benevolencia al mismo tiempo que decía:

— Sea Dios contigo, niña de los ojos garzos; ¿cuál es tu nombre? ¿En qué región viste la luz primera, y con qué apellidos se conocen los tuyos?

— Me llamo Esther, vuestra sierva — respondió la doncella cruzando los brazos sobre su pecho é inclinada en presencia del sátrapa — nací en Babilonia, y huérfana desde niña, un hermano de mi padre, nombrado Mardoqueo, ocupó su lugar para conmigo.

— Tus palabras son dulces como el fruto de la palma criada en las orillas del río Chobar, cuando al través de tus labios, que afrentarían la púrpura de Tiro, se deslizan á manera de suave céfiro entre los claveles del pensil; alzáte al punto y descansa en breve, pues al rayar la aurora he de conducirte á Susa, donde por tu sin igual belleza serás elegida esposa del gran rey.

Dicho esto siguió el magnate y su comitiva á internarse en el pueblo, mientras Esther, confusa y sobrecogida, apenas acertaba ya dentro de su casa á noticiar á Mardoqueo lo que acababa de sucederla.

— Acude, pues, al llamamiento de Dios, y nunca reveles tu origen — añadió el prudente varón — porque nuestro pueblo vive en medio de naciones enemigas que tienen jurado su exterminio.

— ¿Y no podría confundir su maldad desde las gradas del trono?

— Los decretos de los soberanos de Persia son irrevocables, y si una vez consiguen autorizar nuestra ruina, ni aun á tí misma la diadema real te libraría de sus iras.

II

Para buscar el origen de los sucesos anteriores, enlazados en gran manera con los que nos proponemos referir, es necesario volver atrás algún tanto en el orden del tiempo, ya que la imaginación, autorizada con el ejemplo de clásicos narradores, nos hizo alterar, cual no lo hizo jamás ningún estricto sirviente de las reglas escolares.

Y en verdad que si el asunto se hallara en mejo-

res manos había de agradecer el lector el trabajo de retroceder algunos pasos á cambio de contemplar mentalmente la escena de que le haremos ser testigo, acontecida en la gran ciudad de Susa, metrópoli de los reyes persas en la época de su mayor opulencia.

Deseando Artajerjes celebrar la próspera fortuna con que gobernaba las dilatadas provincias heredadas de sus abuelos, quiso dar á su pueblo y cortesanos un magnífico festín, de aquellos célebres por su duración y suntuosidad, cuyo relato nos asombra, dejando al espíritu dudoso entre colocarlos en la categoría de las fábulas orientales ó aceptar su realidad, consignados como se hallan en documentos irrecusables.

Una multitud inmensa, extendida por los interminables jardines que rodeaban el palacio de los descendientes de Ciro, se abandonaba á la crápula y libertinaje, autorizada con el ejemplo de su monarca, anfitrión de la fiesta y el primero en darla fomento con su ejemplo.

Todas las riquezas del Asia y Egipto se veían allí cual en ostentoso alarde; los frutos y vinos más delicados de la Jonia circulaban de un lado á otro, servidos sin tasa ni medida por esclavos de Nubia ó mujeres caríatides, alegres y satisfechas también, pues las costumbres les impedían sentir la degradación de su estado; un cielo brillante de azul purísimo, cuyos ardores templaban toldos inmensos teñidos de jacintos, alumbraba los convidados, difundiendo suave calor entre la muchedumbre, recostada alrededor de innumerables mesas sobre la menuda hierba, que se había tenido cuidado de refrescar con aguas olorosas. Aún más allá, sobre la plataforma del palacio, dejaban oír su agradable concierto numerosas voces é instrumentos haciendo salva al gran Rey y su brillante séquito, que, á semejanza de nube cuajada de rica pedrería, dominaban las turbas deslumbradoras con el esplendor de un lujo criminal. Sólo unos cuantos sabios de los que siempre rodeaban al monarca cual consejeros en los asuntos graves, recuerdo augusto de las costumbres patriarcales de Media, conservó entera su razón hacia el fin del banquete, que se acercaba en aquella hora.

— Oidme, pues, sátrapas y gobernadores de las ciento veinte provincias sujetas á mi cetro — exclamó Artajerjes con voz mal segura — nada son las riquezas que admiráis, muy poco cuanto podéis imaginaros en cambio del tesoro guardado por mí, que pocos han visto y hoy quiero que mi pueblo celebre.

Miráronse unos á otros los próceres, no comprendiendo lo que el Rey decía; pero éste no los tuvo mucho tiempo suspensos, pues alzándose en pie, llamó á uno de sus heraldos ó mandaderos más autorizados, á quienes dijo alargando el anillo real:

— Con esta prenda, signo de mi poder, has de presentarte á la reina Vasthi, que á la sazón celebra también banquete en las habitaciones interiores con las mujeres de su servidumbre, y díla que venga luego adonde yo estoy, pues deseo que todo el mundo, á quien asombra mi grandeza, la reconozca por la más hermosa entre las hijas de los hombres.

Inclinó el mensajero la rodilla hasta casi tocar el suelo con la frente, puso el anillo sobre la cabeza, y partió ligero para volver al punto con la contestación de la Reina.

Esta fué respetuosa, pero también firme y decisiva. La princesa se negaba resueltamente á ofrecerse en espectáculo á una muchedumbre casi tomada del vino, y apoyaba su negativa en los fueros debidos á su rango y sexo, y hasta el propio decoro del soberano. No era posible obligarla á obedecer. Quiso intentarlo su esposo, y ni uno sólo hubo entre los principales de su Corte que aprobase tal determinación.

Entonces Artajerjes, contrariado por vez primera, trémulo de ira y revolviendo la vista con furia.

— Aquí los de mi Consejo — gritó con acento ronco — no podréis desconocer que la Reina ha desobedecido mis órdenes. Señalad la pena que merece.

Consultaron los sabios entre sí; y después de breve discusión, el más anciano tomó la palabra para decir al monarca:

— ¡Oh gran rey! Sagrada es tu voluntad: la tierra escucha estremecida tus órdenes y obedece temblando, porque la sabiduría es tu patrimonio y nadie hay semejante á tí; es cierto que la Reina con su desobediencia ofrece á todas las mujeres del Imperio un ejemplo de rebeldía que no debe dejarse impune; por más que la ley no encuentre medio de castigar su falta debes repudiarla, pues el monarca del mundo no puede partir su lecho nupcial con mujer que ha desconocido su autoridad absoluta.

Oyó el Rey el dictamen, y pensativo é indeciso calló un momento, arrepentido sin duda de haber llevado las cosas á un extremo que ya no ofrecía

conciliación posible, hasta que sacrificando todo afecto personal en aras de la razón de Estado:

— Cúmplase como habéis dicho; — pronunció — dése á la reina Vasthi carta de repudio.

Desde aquel punto las alegres músicas fueron para él un importuno ruido, acibarados se le antojaron los delicados manjares, y la copa cayó de sus manos al querer encontrar en ella un remedio al pesar que le atormentaba.

Antes de terminar el día abandonó el sitio del festín para volver á su palacio, donde le dejaron sus cortesanos, así como el vulgo dejó malcontento los jardines imperiales, murmurando del señor ante quien acababa de arrastrarse.

III

Pasaron días, y la tristeza que abatió el ánimo del rey Asuero la última tarde del festín tomaba mayores proporciones, sin encontrar nada que pudiera mitigarla.

Los señores inmediatos á su persona discurrieron buscar lenitivo á tanto daño; y conviniendo en que para curar una pasión el mejor remedio es presentar un objeto nuevo que haga olvidar el anterior, propusieron al Rey hiciese llamar á concurso las doncellas de más perfecta belleza de su Imperio, á fin de elegir la que hubiese de participar con él de las grandezas del trono.

No podía menos la idea de agradar á un monarca ocioso, á la manera de aquellos que suelen aparecer al término de las dinastías degeneradas; así fué que, despachados emisarios inteligentes por todas las provincias, el sátrapa encargado de Asiria, conociendo el mérito sobresaliente de Esther, la llevó consigo á Susa, ufano de poderse gloriarse tan inesperado hallazgo.

Encerrada en la casa donde las jóvenes escogidas aguardaban su turno para ser presentadas al Rey, cuidaba el jefe de los eunucos, encargado de custodiar las mujeres de palacio, de realzar su belleza por cuantos medios, que no eran escasos, se han conocido en todos tiempos entre los sensuales pueblos de Oriente.

Empero la piadosa doncella no había menester cosméticos y artificios para aumentar los grados de su hermosura, ni cuando llegó el caso de ser vista por el monarca quiso adornarse con las galas y presteas que le ofreció su guardador; antes bien recibió con indiferencia cuanto le presentaron, dejando á lección de las gentes del harén engalanar su persona con sólo aquello necesario para no incurrir en tosco desaliño.

Sin embargo, su confianza en el auxilio de Dios, origen de toda belleza, daba resplandor á su semblante, á su talle gentil graciosa compostura, y un atractivo tan irresistible á sus naturales encantos que, á despacho del amor propio, hizo comprender á cuantas rivales pudieran admirarla lo inútil de su empeño ante aquella cumplida beldad.

El tedio del monarca había llegado á presentar síntomas incurables, por más que los comisionados de recorrer su Imperio desde la India hasta el mar Etiópico hubiesen ofrecido ante su vista las vírgenes de perfección más rara. Cuando le pidieron licencia para conducir á Esther á los pies de su trono, se hallaba en uno de los paroxismos angustiosos en que, rendido su ánimo á la tristeza, casi inspiraba compasión á los en tiempo más bonancible envidiosos de su ventura.

Abrió los ojos con desvarío y vió á la joven frente al solio, sonrosada por el pudor, aguardando una señal de su mano para ser retirada de allí ó ocupar el sitio que ninguna había podido merecer.

Una emoción desconocida embargó las facultades del soberano, cual si de improviso le cogiera la presencia de la israelita; el bienestar que sintió inundar todo su sér dando calor al corazón y plenitud al pensamiento, le indicó había encontrado el específico necesario á su mal extraño, y cual acero á quien el imán arrastra, bajó las gradas de su estrado á rendir homenaje á la hermosura, saliendo á recibirla á mitad del camino, impaciente de contemplarla; ó bien temiendo ver desvanecida su dicha, á semejanza de ilusión de la fantasía, quiso cerciorarse de si era realidad lo que se le antojaba delirante sueño.

Pero allí nada había de sobrehumano, pues los juicios de Dios casi siempre se verifican á nuestros ojos por medios naturales. Asuero calculaba como un gentil oscurecido su entendimiento por las sombras del error, que una mirada de Esther bastó para iluminar algún tanto.

Las mujeres que hasta entonces había conocido el gran rey, nacidas sólo para el deleite, adorando perversas deidades, aún más corrompidas que ellas, aunque lo estuviesen en sumo grado, ó careciendo por completo de toda idea religiosa, circunstancia

todavía más repugnante que la anterior; las numerosas odaliscas, añadiremos á lo dicho, aleccionadas en los misterios de Mithra, Astarté, Venus, ó malsiguiendo la filosofía materialista, se presentaban á su dueño coronado haciendo alarde de impúdica desenvoltura, de cínica impudencia, creyendo así exceder á sus rivales en mérito para con el señor, á quien hastiaban con su liviana conducta; y al encontrar á la vella Esther recatada, honesta, animando su sér la dulce severidad de las máximas difundidas por los profetas de Judá, juzgó aparición divina á la que no era más que una simple mortal, fiel observadora de la ley revelada.

Sintiéndose renacer Asuero bajo la influencia de su nueva esposa, quiso celebrar con públicos regocijos el fausto acontecimiento que libró su ánimo del melancólico influjo que tanto le hizo sufrir; y de las gracias distribuidas á manos llenas entre sus inmediatos servidores participó el primero su ministro favorito Amán, descendiente de los reyes de Amelec, y, por consiguiente, enemigo mortal de los israelitas, que destruyeron su pueblo y ascendientes bajo las órdenes de Saul.

Mardoqueo también admitió un destino en la Corte, que sin sacarle del prudente retraimiento que siempre quiso conservar, le felicitaba ocasión de comunicarse con su sobrina por medio del fiel Athach, eunuco puesto al servicio de la Reina.

No cegó la fortuna al experimentado anciano; antes bien pasaba los días en el vestíbulo de palacio, inquieto y receloso, esperando noticias de Esther, temiendo alguna catástrofe y recomendándola tuviese oculto su origen, y ella seguía sus consejos con igual docilidad que en su primera infancia.

Un día que Mardoqueo vigilaba cerca del cuarto del Rey, vió venir á su amigo y compatriota Bárnabas desalentado y trémulo, que, acercándose á su oído, le dijo con misterio:

— Corre y no tardes si quieres evitar nuestra ruina; una conspiración terrible se trama contra la vida de Asuero, y nosotros seremos las víctimas inmediatas de la conspiración.

— ¿Qué dices? ¿Cómo has averiguado semejante cosa?

— Acabo de oírlo á los dos eunucos jefes de la guardia interior; creyendo que yo no entendería su idioma, acordaron el plan ante mí. El primer ministro es quien los dirige; sólo esperan la señal para ejecutar su intento.

Inmediatamente que tuvo ocasión dió parte Mardoqueo á su sobrina, y ésta instruyó al Rey de la trama. Ocupados fueron los descubiertos y sufrieron la pena de muerte; pero Amán quedó libre, pues era tal su poder que los denunciadores no se atrevieron á descubrirle. El suceso quedó consignado en los anales del reinado de Artajerjes.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

I

LA VUELTA DEL CRUZADO

CUANDO el día declinaba, cuando las brumas comienzan á reunirse en los valles, un caballero, después de seguir por algún tiempo las costas del Mediterráneo, se internó por entre quebradas profundas, cuyas cimas cubrían espesos bosques de altos pinos. Bien echábanse de ver en el jinete, así como en su corcel, las señales de un viaje largo y penoso; pero formaban contraste con el raído manto y las armas enmohecidas el rostro jóven y risueño del solitario viajero. Sus ojos se fijaban con placer en todos los objetos que le rodeaban, como si en cada uno de ellos con vivo interés reconociese algún amigo que arrancase una sonrisa á los labios ó hiciese temblar en los ojos una lágrima de ternura. Al llegar á cierto punto del camino detúvose delante de una imagen de Nuestra Señora que allí había en un nicho medio arruinado, y juntando las manos:

— ¡Oh Madre de la misericordia! — dijo — gracias á tu protección vuelvo á ver los campos de mi patria. Al partir para la tierra de Palestina, hice delante de tí mi santa promesa. En este lugar levantaré una hospedería para los peregrinos, y vendré á visitar tu imagen santa cada año, y el día de mi venida socorreré á treinta y tres pobres en memoria de los treinta y tres años que tu amado Hijo vivió contigo en la tierra. Bendita Virgen María, ten piedad de tu siervo.

Con justa razón daba de esta manera Berenguer de Elvaz gracias al Señor, que con mano poderosa de tantos y tan grandes peligros le había libertado. Fiel vasallo de San Luis, habíale seguido para luchar contra los infieles; y después de un largo y duro cautiverio en poder de un emir de Egipto, volvía

por fin, atravesando los mares, á las playas queridas de la Provenza, donde el amor de sus padres le esperaba. Pobre en verdad volvía el caballero, sin más riqueza que su buena espada; cansado iba y falto de fuerzas por las largas jornadas y las mal cerradas heridas; pero alentaban su espíritu la abundancia de la casa paterna y la tierna solicitud de una madre y una hermana. Pintábase en la mente el gozo de volverse á ver: pensaba en los antiguos servidores que desde su niñez le conocían, y ya se imaginaba ver llegar á su fiel alano y descubrir su vuelta.

— ¡Ea! Valiente, — gritó á su trotero — adelante: que unos pocos pasos más nos llevan al término de nuestra jornada.

Apretó el paso el dócil animal, y pronto vió el caballero, entre las sombras que ya por el valle se extendían, las altas torres del castillo de Elvaz, y su corazón palpitó de alegría. Pero ¿por qué se ven oscuras y tristes las ventanas? ¿por qué reina el silencio en la muralla?

— ¡Ah! — dijo el joven para sí — sin duda están en el salón del Norte; mi padre estará jugando al ajedrez con el capellán, y mi madre y mi hermana están ocupadas con la rueca. Pronto me oirán.

Diciendo esto, tomó el cuerno que al cinto llevaba, y le hizo resonar con las bien conocidas notas que anunciaban su vuelta de la caza. Nadie respondió. Lleno de inquietud se adelanta: ve corrido el puente levadizo: lo atraviesa, y no encuentra bajo las bóvedas ni servidores ni soldados. Grita, y el eco sólo le responde; sale al patio, y no halla más que oscuridad y silencio.

— ¡Santo Dios! ¿qué ha sucedido?

La luna en aquel momento, luchando con las espesas nubes que la envolvían, derramó un torrente de luz sobre el castillo. Miró Berenguer á su alrededor, y dióle un vuelco el corazón, sobrecogido de secreto espanto. Sus ojos no alcanzaban á ver sino ruinas: los techos habían desaparecido: los cristales y las colgaduras habían sido arrancados de las ventanas, y los montones de escombros se alzaban por todas partes, dividiéndose aquí y allá algún fragmento de labrados muebles, costosas armaduras, sellados pergaminos. El incendio y el saqueo habían pasado por allí. Fuera de sí ante este espectáculo de desolación, saltó Berenguer del caballo, y se introdujo por una despedazada ventana en la armería, donde tantas veces había recibido de su padre lecciones en el manejo de las armas.

— ¡Padre! ¡padre! ¿dónde estáis? ¡Madre mía! ¡Alicia!

— ¿Quién va? — replicó una voz que parecía salir de uno de los rincones de aquella vasta y tenebrosa estancia.

Lanzóse Berenguer hacia el lugar de donde salía el sonido, y en la oscuridad, la mano que llevaba extendida dió con el brazo de un hombre cubierto de pieles de cabra.

— ¿Quién eres? — gritó el caballero, y arrastró al desconocido hasta la ventana por donde penetraba la luna.

Miráronse los dos uno á otro con terror, y el de las pieles se arrojó á los pies de Berenguer gritando:

— ¿Sois vos, señor? ¿vos con vida? ¿Y no me conocéis? ¿no conocéis á Jaime el cabrero?

— Sí, bien me acuerdo... pero habla... ¿qué significa esto? Mi padre, mi madre, mi hermana, ¿dónde están? Habla por Dios.

El hombre dió un paso atrás, y clavando en el jóven una mirada azorada, exclamó:

— ¡Muertos! asesinados por Juan de Melfort, el enemigo de vuestra casa.

Flaquearon á Berenguer las rodillas y se apoyó contra la pared, sin que pudiesen sus labios pronunciar una palabra.

— Se creyó — continuó el cabrero — que habíais muerto de vuestras heridas en Mansura. Melfort, envalentonado con esta noticia, cayó como el rayo sobre nosotros, y fué general la matanza. Vuestro padre fué muerto defendiendo á su hija; vuestra hermana sucumbió atravesada por un dardo, y vuestra venerable madre murió de pesar. El castillo fué saqueado, y los cuerpos de las víctimas hubieran quedado sin sepultura si de esta buena obra no se encargaran los monjes de San Benito. En cuanto á mí, diéronme por muerto; pero curé de mis heridas, y he seguido habitando con la manada el lugar en que me crié. Nunca dí crédito á la noticia de vuestra muerte; os esperaba... tenía algo más que deciros...

— Habla — dijo el joven con ansiedad.

— Juan de Melfort tiene un castillo, una mujer y una hija. La venganza es dulce.

II

PEDRO NOLASCO

Al amanecer de un hermoso día, y por el sendero que conducía al castillo de Elvaz, iba un hombre

cubierto de una túnica blanca, sobre la cual se destacaba un escapulario bordado de rojo y oro. Sin detener el paso, parecía contemplar con placer la hojosa selva, las orillas del camino cubierto de to-millo silvestre, las espumantes hondas del arroyo, y de tiempo en tiempo salían de sus labios las alabanzas al Señor en las tiernas melodías del Rey profeta. Cuando hubo llegado á los muros del castillo, tendió los ojos por las rotas almenas y dijo para sí:

— Entremos en la capilla á rezar junto á las abandonadas tumbas.

Cruzó, pues, el no guardado puente levadizo y se entró por el patio, donde vió con asombro á un jóven que, reclinado en la muralla, tenía fijos los melancólicos ojos en el estrago que el sitio presentaba. Movido á compasión, acercóse el religioso:

— Hijo mío, — le dijo — ¿qué hacéis solo en estos lugares desiertos? No existen ya los señores de este castillo... Pero estáis pálido y triste. ¿Qué os aqueja? Decid. Si tenéis hambre, higos y pan traigo en mi alforja; y si por acaso tenéis alguna dolencia, sabed que algo entiendo del arte de curar.

Mientras el religioso de esta manera hablaba, alzó Berenguer lentamente la cabeza, y con una voz que por fría y tranquila parecía como el grito de la desesperación, dijo:

— Soy Berenguer de Elvaz.

— ¿Será posible! — exclamó el del hábito blanco. — ¡Ay, y qué grandes son las pruebas á que la voluntad de Dios ha querido someternos! El os da asimismo la fe y la fortaleza para resistirlas. Pero ¿á qué permanecer en estos lugares? Parientes tenéis y deudos que se regocijarán con vuestra venida. Ruégoos de todas veras que dejéis este lugar, donde todo aumenta vuestra pena.

— Nunca saldré de este castillo — respondió el joven con ánimo resuelto.

El religioso, aunque no eran muchos sus años, bien conocía los más ocultos pliegues del corazón humano. No se le escondía que la serena frente y la placida sonrisa cubren á veces las más amargas y violentas intenciones, como bajo la nieve oculta el volcán el fuego devorador de sus entrañas. Así fué que, fijando en los de Berenguer sus ojos penetrantes, habló así con calma y firmeza:

— Hijo mío, no es un pesar lo que en medio de estas ruinas abrigáis en el pecho; es una venganza, y antes que en la suerte de vuestro padre pensáis en Juan de Melfort.

— ¡Y qué! Si cobro esa deuda de sangre, ¿no tengo un justo derecho?

— *Mia es la venganza; yo pagaré*, dice el Señor. No usurpéis, desventurado joven, los que son derechos de Dios, y con una muerte violenta y prematura robéis así al pecador el día de arrepentimiento que pueda el Señor tenerle reservado. Os digo en nombre de ese mismo Dios que ha de ser vuestro juez, que no está la venganza en vuestras manos. Su voz también es la que os dice: *Por la paciencia volverá á tu espíritu la calma*. Llevando la desolación al hogar de vuestro enemigo, ¿veréis acaso el vuestro reconstruido? Si hundís la espada en el seno de su madre y de su hija, ¿volverán á la vida las prendas que perdisteis? Y cuando tengáis sobre la conciencia el peso que á él oprime, ¿la sentiréis tranquila?

— Padre, — interrumpió Berenguer — sois hombre de paz: no podéis comprenderme.

— Antes que vistiera este hábito cubrí mi cuerpo con la armadura, como vos, y calcé lo espuela de caballero, llevando al combate la furia de las pasiones mundanas. Os habla quien con sus manos ha tocado la gloria de los hombres, y en verdad os digo que si en nuestra obcecación vemos en la sed de venganza valor y enaltecimiento, es, con mucho, más noble y generoso el perdón, que triunfa, no del enemigo postrado á nuestras plantas, sino del tremendo choque de las pasiones que en nuestro corazón batallan.

— No es posible, padre, que vos veáis lo que por mí pasa. Dejadme.

— No, hermano mío; no he de dejaros, porque no es la hora de la desesperación la que resuelve con justicia. Dios ha encaminado á este lugar mis pasos, y nada hace en vano su providencia divina.

— ¿Y sabéis vos, — gritó Berenguer con impaciencia — vos, que me pedís perdón como un cobarde, sabéis todo el mal que ese hombre me ha hecho? ¿Sabéis que, después de dos años de duro cautiverio, volvía yo con el corazón saltando de gozo y esperanza, y ansiando por las caricias de los míos? ¿Sabéis que en lugar del hogar paterno hallé tres tumbas? Vengó él en esta indefensa familia antiguos agravios; y ¿no le devolveré yo golpe por golpe, tormento por tormento? Toda la noche pasé junto á los abandonados sepulcros que encierran lo que más amaba, y oí sin cesar voces amigas que me gritaban: ¡Hierro y venganza! Y así será.

—La pena turba vuestra razón: yo conocí bien á los que lamentáis. Era vuestro padre un hombre justo, vuestra madre noble y piadosa, y un ángel de inocencia vuestra hermana. Ellos ruegan en la mansión de los Santos por el matador, y piden para él, no la tea de la venganza, sino el tesoro inagotable de la caridad. ¡Oh almas bienaventuradas! Ved aquí que en tanto que vosotras respiráis perdón y ansiáis la gloria eterna para el enemigo, el que fué aquí objeto de vuestro amor no puede comprenderos, atado como se halla con las ligaduras del pecado.

—Vuestras palabras — dijo Berenguer — son dardos que me hieren; pero es vuestra voz amiga.

—¡Ah! No lo dudéis, hermano mío: ese hondo pesar que me habéis confiado nos une para siempre. En nombre de esa amistad que por vos siento, hacéme una gracia. No lejos de aquí está nuestro monasterio; dignaos aceptar su hospitalidad: allí hallaréis padres y hermanos que os den la bienvenida, y en la serenidad y el silencio reflexionaréis cuerda-mente lo que mejor os convenga. Dejad este lugar funesto, y venid á la mansión que el Señor pone en vuestro camino.

—¿Cómo os llamáis? decidme.

—Soy un caballero de la Orden de la Merced; mi nombre es Pedro Nolasco.

III

LA HIJA DEL CAUTIVO

Diez años han pasado. A las puertas de Montpellier alzáse la casa erigida por la Orden de la Merced, desde donde, como si fueran los puestos avanzados de la caridad, se lanza la bizarra caballería de la Cruz á defender la Europa contra la invasión de los sarracenos, y también, con más heroico valor, á sacar de entre las garras de estos bárbaros las víctimas que gimen en el fondo de las mazmorras ó en los arenales del desierto.

A este santo retiro, cuyas blancas paredes desde lejos se distinguían, encaminábase á la hora del mediodía una tierna doncella acompañada de un joven y un anciano escudero. Después de pasar el puente levadizo, detuvieronse junto á la torre en que ondeaba el estandarte de la Orden; allí hablaron con el centinela, que les señaló el camino de los claustros. Al penetrar en el vasto recinto, no fué dado á los recién llegados contener el respetuoso temor que inspiraban, colocadas en el patio, las tumbas de los valientes compañeros de Pedro Nolasco y Raimundo de Peñafort, que ya de paz gloriosa disfrutaban. Bajo los abovedados claustros pasaban caballeros y sacerdotes, aquéllos con sus mantos blancos, y éstos con los hábitos del mismo color, donde, en señal de afecto hacia su ilustre y poderoso protector, las armas del rey de Aragón lucían bordadas.

Al ver á la doncella y sus compañeros acercóse á ellos uno de los sacerdotes, el cual, si bien no parecía contar aún muchos años, llevaba impresa en la frente la huella de profunda amargura producida por las mal cerradas heridas del alma.

—¿Qué buscas, doncella? — dijo con voz melancólica y grave.

—Somos — respondió ella — dos desventurados huérfanos, que tal es el nombre que mejor nos cuadra, aunque padre y madre tenemos todavía; pero ¡ay! aquél es esclavo del sarraceno, y ésta se consume de ansiedad y pesadumbre.

—¿Podéis decirme cómo cayó en poder de los bárbaros vuestro padre?

—Había ido á Barcelona á recibir una herencia, y cuando volvía á Provenza, cayeron sobre la suya las galeras de los corsarios berberiscos. Vana fué la resistencia, y los infieles se le llevaron cautivo á Tánger, donde, si no engañan los informes que tenemos, se halla todavía. ¡Esclavo mi noble padre!...

Las lágrimas y sollozos interrumpieron las palabras de la doncella.

—Tranquilizaos, hija mía, — dijo el religioso — vuestro padre será rescatado.

—¡Ah! Nada nos parecerá costoso para lograrlo. Mirad, aquí tenéis las joyas todas de mi madre; y si más es menester, nuestras tierras empeñaremos; vasallos fieles tenemos y deudos que están prontos á contribuir para el rescate de Juan Melfort.

—¡Juan de Melfort! — exclamó el monje, y una viva agitación se vió retratada en su rostro.

Volvió con fiera espada á la doncella, lanzándole una mirada de aborrecimiento; pero sus ojos se fijaron en un Crucifijo que en el claustro había, y dijo para sí:

—Buen Dios, ¿por qué reinan todavía en mi corazón estas formidables pasiones, cuando he sido vencido por tu gracia? ¿Por qué la voz de esta cuidada ha hecho renacer los sentimientos de odio y venganza que para siempre creí estaban ahogados en mi pecho?

Y con los ojos clavados en el Crucifijo, permaneció inmóvil corto trecho; luego, volviéndose á los dos jóvenes, les dirigió la palabra con indefinible ternura:

—Yo mismo iré en busca de vuestro padre; y si tal es la voluntad de Dios, volverá á vuestros brazos. No me olvidéis en vuestras oraciones.

Pocas horas después, un monje en tren de viaje recibía de rodillas la bendición de Pedro Nolasco, general de la Orden, el cual le abrazó diciendo:

—Ve, siervo de Cristo; sigue las huellas del Maestro, y no olvides que te obligan tus votos á solicitar las cadenas de la esclavitud para arrancar á un cristiano del cautiverio. El Señor te guíe, hermano Berenguer.

IV

EL RESCATE

El centinela de la torre en la abadía de San Víctor, de Marsella, acababa de dar aviso de que varias naves estaban á punto de entrar en el puerto. Semejante noticia, como es natural, atrajo al muelle un sin número de personas que ya por la figura del casco, ya por las diversas piezas de la arboladura, querían reconocer el nombre de las embarcaciones á medida que se iban acercando, impelidas por el suave viento de la mañana. Véase entre los espectadores un grupo que, si no tan ruidoso, demostraba igual ansiedad, y le componían una señora cubierta con las tocas de viuda y dos jóvenes de diferente sexo. A corta distancia manteníase el criado que las acompañaba, y todos se hallaban como suspensos, esperando la vida ó la muerte de aquellas blancas velas que las serenas olas del mar lentamente cortaban con las altas proas. Pronto los más experimentados pudieron distinguir los colores de las banderas en los mástiles de tres de las naves que á las demás se adelantaban.

—¡Bendita sea Nuestra Señora de la Guardia! — exclamó un viejo piloto. — Esa que viene por delante es la *Barca feliz*, ó yo he perdido los ojos: de Palermo viene, y trae noticias del Señor de Anjou.

—Y la segunda — interrumpió otro — es la galeota *Santa María*, que trae de Esmirna frutas y perfumes.

Las dos naves reconocidas echaron á poco el ancla en medio de las aclamaciones de la multitud. La tercera, alcanzada por el viento que acababa de inclinarse á tierra, lenta y pesadamente luchaba con las aguas que bañaban su proa. En ella con redoblada ansiedad se clavaron las miradas de la triste viuda, que decía dirigiéndose á sus hijos:

—Sucedá lo que sucediere, hágase la voluntad de Dios.

—Madre — gritó de pronto el muchacho — ¿no es ése el santo estandarte? Me parece verlo claramente.

Una palidez mortal cubrió las mejillas descarnadas de la enlutada señora, y llevó la mano al corazón, temblando entre el temor y la esperanza. En aquel momento el viento desplegó la bandera, y se distinguieron claramente las armas de Aragón y la divisa: *Redemptionem misit populo suo* (dió la redención á su pueblo).

—Es la galera *San Juan Bautista*, de los religiosos de la Merced — gritó el pueblo.

—¿Será posible, gran Dios! — exclamó la viuda, sin que fuesen apenas oídas sus palabras. — Virgen santa, no permitas que se fustren mis esperanzas.

—Madre, ¿no veís aquel sacerdote sobre cubierta? Es él, madre.

—Hay un cautivo á bordo — gritaba el pueblo. — ¡Bendita sea Nuestra Señora de la Guardia!

La enlutada mujer corrió vacilante á la orilla, sin atreverse á levantar los ojos por no ver tal vez un triste desengaño; pero los gritos de los que á su alrededor estaban la animaron, y levantó la cabeza á la sazón que ponía el pie en tierra un hombre miserablemente vestido y cargado de cadenas. — Era él, era el esposo por tanto tiempo y con tanta ansiedad esperado. Corrieron á sus brazos madre é hijos, y con muestras de la mayor solicitud procuraban aflojar los hierros que sólo á causa de una promesa acababa de ponerse de nuevo el cautivo. Con los ojos llenos de lágrimas bendijo éste á sus hijos, estrechando á la esposa contra su pecho, y luego, volviéndose al religioso, que en aquel instante salía de la galera:

—Esposa mía, — dijo — hijos míos, si me amáis, amad y bendecid á este buen religioso, á quien debo la libertad y la vida.

Y viendo que el monje procuraba alejarse, le tomó del brazo y continuó en voz alta:

—Sí; él fué á buscarme en los límites del gran desierto, adonde me condujeron mis amos; allí me encontré muriendo de una enfermedad que obligaba á todos á abandonarme. Sin que esto fuese parte

á intimidarle se constituyó mi enfermero, y con su habilidad y tiernísima solicitud me arrancó de las garras de la muerte. Los infieles consideraron corta la suma ofrecida para mi rescate; él propuso quedarse en mi lugar, y lo hubiera hecho si yo tenazmente no me hubiera resistido. Todo esto hizo, y es mi voluntad que todo el que lleve el nombre de Melfort sea en adelante siervo de la santa Orden de la Merced.

Al concluir estas palabras abrióse paso entre las gentes un hombre mal envuelto en una manta de paño burdo, y encarándose con el cautivo:

—¿Qué! — dijo — ¿sois vos el señor de Melfort?... ¿Y sabéis el nombre de vuestro libertador?

—Sé que le llaman hermano Berenguer; por este sólo le conozco.

—Yo os lo diré si me oís: su nombre es Berenguer, señor de Elvaz.

Y bañando con sus lágrimas las manos del religioso, añadió:

—¡Ah! Amo mío, os he conocido.

Melfort quedó como herido de un rayo; la vista del monje le sobrecogió de espanto, como si los muertos se le hubieran puesto delante.

—Sí, él es — continuó Jaime el cabrero (pues no era otro el que tan inesperadamente tomaba parte en aquella extraña escena); — ¿cómo podrían mis ojos dejar de conocerle? Yo era su vasallo, su siervo, y á él debo la libertad y todo lo que poseo.

—También yo — exclamó Melfort hincando una rodilla delante de Berenguer. — Pero ¿es cierto lo que este buen hombre dice? ¿Y vos sabíais quién yo era, y para salvar mi vida pusísteis la vuestra en inminente riesgo?

—No os arrodilléis ante un pecador, hermano mío — dijo Berenguer alzando del suelo al caballero — olvidemos lo pasado y pidamos á Dios perdón.

—El vuestro imploro para poder esperar que Dios me concederá el suyo... ¡Ah! Desde el día que, movido por el espíritu de venganza, puse mis manos sangrientas sobre vuestra familia, no ha habido para mí noche tranquila ni prosperidad gustosa. No me neguéis el perdón que os pido.

—Sean estos brazos la prenda de mi amistad — dijo Berenguer estrechando entre los suyos al enemigo eterno de su raza — y ahora vamos al altar, donde voy á ofrecer la Víctima adorable y recibir la prenda de la misericordia divina.

Seguidos del cabrero y de la multitud, encamináronse todos á la capilla de Nuestra Señora de la Guardia. Al pie de la imagen milagrosa colocó el cautivo sus cadenas, las cuales, según una antigua usanza, reemplazaron unos niños con guirnaldas de flores. La misa empezó, y en ella Berenguer de Elvaz, el amigo y discípulo de Pedro Nolasco, sacrificó para siempre al pie del altar la memoria de la antigua enemistad. El mismo puso en los labios de Melfort la sagrada Hostia, y aquellos dos hombres que para odiarse habían nacido, salieron del templo unidos por los lazos de la caridad más ardiente.

Nota. — La Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos fué fundada en el año 1218 por Raimundo de Peñafort, el caballero Pedro Nolasco y el rey Don Jaime de Aragón. Había en ella sacerdotes y caballeros, unos y otros ligados por los votos de obediencia, pobreza y castidad, comunes á todas las Ordenes, y además por uno especial y extraordinario, formulado en los términos siguientes: «Yo, N., caballero de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos, por esta declaración hago la promesa solemne de vivir únicamente para Dios, siguiendo la regla de San Benito; y si fuere necesario á la libertad de los fieles de Jesucristo, permaneceré cautivo entre los sarracenos.» Esta Orden, que hizo á la cristiandad grandísimos servicios, se extendió rápidamente en España, Portugal y Francia, y dió á la Iglesia muchos Santos, entre los cuales, además de los fundadores, se cuentan San Ramón Nonato y San Pedro Pascual, que padeció martirio entre los sarracenos.

Esta obra meritoria de redimir esclavos continúa aún en nuestros días y de una manera, si cabe, más conmovedora. Mujeres son las que á su cargo la han tomado, y el objeto de su caridad son los pobres hijos de idólatras. Las monjas del Buen Pastor han fundado un convento en el Cairo y otro en Túnez, donde se consagran á redimir y educar cristianamente las niñas que compran en el mercado de esclavos.

BIBLIOGRAFÍA

Vie de Saint-Camille de Lellis, fondateur des Clercs réguliers ministres des infirmes, par Mgr. Justin Fèvre, membre de l'Académie Tiberienne, protonotaire apostolique. — Ouvrage illustré de 60 gravures d'après les monuments de l'art chrétien. — Paris. — Bray et Retaux, 1885, in 8.° — Prix: 8 francs.

San Camilo de Lellis, el fundador de los Clérigos regulares ministros de los enfermos, es uno de los

más admirables héroes de la caridad cristiana, y su nombre uno de los más conocidos en el catálogo de los Santos. Su vida tan ejemplar llena de amor y acompañada de tan heroicas virtudes, y un celo tan fervoroso y caritativo para con el prójimo, ha sido escrita desde luego por sus discípulos los PP. Cicalati y Dolera, y después por el P. Guardi, en Roma, por los Padres del Oratorio de Londres, por el P. Muñoz en España, etc... Pero esas biografías son incompletas y algunas de poca extensión, y además es siempre de mucho provecho estudiar más y más la vida de los Santos. Así, pues, era justo que se le dedicase una obra nueva para hacer conocer más y amar más a un Santo tan digno de amor y de veneración. Tal es el fin que se han propuesto el autor y el editor del libro que tenemos á la vista.

La vida de San Camilo es muy instructiva, y no se puede leer sin emoción al ver los medios de que se sirvió Dios para apartarle de los caminos de perdición y conducirlo hasta la santidad más eminente. Nació este Santo en la villa de Vaequissiano, del reino de Nápoles, á 25 de Mayo de 1550. A pesar de su buena educación empleó mal su juventud, y sus padres le persuadieron que abrazase el estado militar; pero, lejos de abandonar sus extravíos, volvió á caer en el vicio, llegando á verse por el juego abandonado de todos y sin recurso alguno. Por fin Dios le hizo experimentar una de aquellas emociones con que suele llamar al corazón del hombre la Divina misericordia. Camilo comprendió la insensatez de su conducta, se arrepintió sinceramente é hizo voto de hacerse religioso. Pero no pudo poner en ejecución su proyecto, porque el Señor le reservaba para otra vocación. Le inspiró el designio de instituir una Congregación, cuyos individuos no tuviesen otro objeto que asistir á los enfermos. Con dos compañeros de su mismo espíritu comenzó á echar los fundamentos de aquella grande obra, y después de muchas ansias y muchos trabajos San Camilo logró del Santo Padre Sixto V un breve apostólico que la aprobaba, y luego Gregorio XIV la elevó á estado formal de Religión por Bula expedida á 15 de Octubre de 1591. Entre tanto nuestro Santo manifestábase en todo un hombre de caridad, haciéndose todo para todos y deseando hacer sacrificio de su vida en beneficio de sus hermanos. No sucedió así, pues vió acrecentarse su Congregación de día en día, y lleno de merecimientos y de virtudes murió el 15 de Julio del año 1614, á la edad de sesenta y cinco años.

Sus hijos se extendieron luego en Italia y en España, donde se llaman agonizantes, y el autor del libro se complace en referirnos los actos de heroísmo de aquellos verdaderos herederos de la heroica caridad de San Camilo.

Pero aunque esta vida sea muy edificativa y de mucho provecho para los que tendrán la dicha de leerla, no por eso hemos querido darla á conocer á los lectores de esta Revista, sino porque nos parece que en esta obra se manifiesta un sistema de ilustración nuevo y hasta ahora desconocido. Las vidas de San Camilo ya conocidas eran adornadas con unos grabados más ó menos toscos que representaban los hechos y los milagros del Santo; en la nueva vida se encuentran también cuatro composiciones de Ciappori dedicadas á la misión de nuestro Santo. Mas al lado de esa ilustración especial se ve una ilustración general, filosófica y teológica, cuyo plan merece ser sacado á luz. Había que poner delante de los ojos de los lectores la doctrina, las máximas que habían sido la guía de San Camilo durante toda su vida, y eso no se podía conseguir mejor que con las estampas. El pecado había apartado al hombre de Dios, y Nuestro Señor Jesucristo ha venido para unirlos de nuevo; todo está contenido en esa proposición sustancial que sirve de base á toda la ilustración del libro. Para formar los varios elementos de ellase ha convidado á todos los ingenios, á todas las escuelas. En sus inmortales pinturas de Saint-Germain-des-Prés, Hippolyte Flandrin nos muestra el primer pecado que separa al hombre de su Criador; Giotto nos representa las diversas formas del Vicio, efecto del pecado original, y Orcagna nos pinta el triunfo de la Muerte hija del Pecado. Mas hé aquí que viene el Redentor, hé aquí su Iglesia, instituida para ser el medio de salvación para los hombres; con las obras de Giotto, Rafael, Lucas de Leyde, etc..., con las pinturas de las catacumbas y las miniaturas de la Edad Media, tenemos á la vista la victoria y la misericordia de nuestro Dios para con nosotros, y además las obras, las virtudes que han hecho de San Camilo uno de los héroes de la Caridad; debajo de cada uno de los grabados el autor ha puesto una explicación del asunto, y así todas esas estampas reunidas componen un admirable resumen de la doctrina cristiana.

Por el relato, muy imperfecto, que hemos hecho de esa nueva obra, pueden ver nuestros lectores que el

autor de la vida de San Camilo de Lelis ha conseguido el fin que se había propuesto, es decir, instruir y edificar; y, en fin, debemos añadir que por su bajo precio, ese libro, á pesar de su ilustración y elegancia, está al alcance de todos.

D. J. B. P.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Pomada preservativa contra los sabañones. — Las personas propensas á tener sabañones se untarán, después de lavarse las manos por mañana y noche con agua fría y jabón, secándose las suavemente, con la mezcla siguiente:

Sulfato de alúmina ó alumbre. 3 gramos.
Cold-cream..... 30 —

Preceptos de la ciencia para las madres sobre la difteria. — La frecuencia con que se han presentado y siguen presentándose casos de difteria (*garrotillo*), atacando varios niños de una misma familia, infectando á individuos adultos, y sembrando el duelo y el pánico en no pocos hogares, nos induce á dar los siguientes consejos á nuestras lectoras:

I. La difteria es cuatro veces más mortífera que el tífus y ocho más que la tos ferina; urge, pues, acudir pronto y con energía cuando se presente, sobre todo en los niños pequeños.

II. Los accesos bruscos de sofocación durante la noche acompañados de tos bronca (*perruna*, que dicen algunas madres), deben inquietar menos que la tos pertinaz, sobre todo de igual índole, que produce síntomas de asfixia y aumenta en intensidad y frecuencia, acompañada de fiebre alta.

III. Se examinará la garganta del niño en cuanto éste sienta la menor molestia al tragar, ó alteración en la voz, se halle triste ó calenturiento, y sobre todo haya algún temor de contagio.

IV. Los niños débiles y predispuestos á catarros serán objeto de mucha vigilancia, dándoles una alimentación vigorosa y tónica, sin exagerar los abrigos al cuello y cabeza, pero preservándoles de la humedad y de todo cambio brusco de temperatura.

V. La orientación de los cuartos donde permanezcan los niños será, en lo posible, al Mediodía, huyendo de las alcobas oscuras y estrechas, y evitando que la cuna se halle entre camas de personas adultas.

VI. Las nodrizas observarán cuidadosamente al niño en el momento de alimentarle para ver si traga bien, siendo un síntoma de interés el que no mame y que se presente un flujo de moco blanquecino por las fosas nasales.

VII. Deben aislarse inmediatamente de un modo severo los niños que vivan en compañía del afectado. Las personas encargadas de su cuidado desplegarán exquisita limpieza, evitando que usen los sanos las cucharas y vasijas del enfermo.

VIII. No deben emplearse remedios que no constituyan tratamiento racional instituido por el médico, según los casos. Sin embargo, si la indicación fuera de momento, toda madre está autorizada á facilitar la expulsión de las falsas membranas con un vomitivo, la ipecacuana, por ejemplo.

IX. La peor complicación que puede sobrevenir en un caso de difteria, es el desorden y el pánico en los que rodean al enfermo. Conviene, en lo posible, que no le cuiden personas muy afectas, á fin de que las curas se hagan como es debido y las prescripciones se sigan con puntualidad exquisita.

X. La traqueotomía tiene una importancia de primer orden, siempre que se haga á tiempo y por consejo de la Ciencia. No hay que olvidar que es una operación de urgencia vital.

La higiene racional. — El Dr. Bouchardat ha publicado la lección inaugural que ha pronunciado en la Facultad de Medicina de París, al inaugurar por trigésimatercera vez su curso especial.

Combate, á nuestro juicio con excelente acuerdo, esas sensiblerías exageradas y esas nimias frases de muchos higienistas que se pasan la vida lanzando jeremiadas, en tanto que los hechos más salientes é importantes quedan por detallar.

Da, por lo tanto, más importancia á la mala alimentación, al trabajo excesivo, á los abusos alcohólicos, etc., que á las habitaciones malas.

Combate el gas para el alumbrado de las habitaciones, prefiriendo lámparas de aceite con moderador.

Hace notar que es también una preocupación el

1. Nos complacemos en consignar que gran parte de las noticias de esta sección las tomamos de la interesante *Revista popular de conocimientos útiles*, que con gran éxito publica el editor Sr. Estrada.

suponer que las letrinas sean un foco completamente letal. Los poceros viven para probarlo.

La acumulación de gentes en una vivienda mala ó en talleres de malas condiciones es perjudicialísima, sobre todo en tiempo de epidemia, pues se forman focos gravísimos.

El peligro entonces es mayor, sobre todo cuando en la ciudad no hay epidemia permanente, sino que la importan casos aislados.

La acumulación es tanto más grave, cuanto en una gran ciudad en tiempo de epidemia se reúnen muchos individuos *no aclimatados* que sufren la *misericordia en un mismo local* y caen algunos atacados de entre ellos.

Para disminuir la mortalidad hay que pensar en este problema.

Termina con los siguientes aforismos para vivir mucho tiempo:

1.º Dar una satisfacción regular á los deseos reales.

2.º No crearse necesidades artificiales y perjudiciales.

3.º Restringir en sus justos límites los que no son dispendiosos, á fin de no tener un gran personal de servidumbre, del cual se hace uno esclavo. Aprender lo más posible á servirse y á ayudar á los demás, pues no se sabe qué porvenir nos está reservado.

4.º Evitar las cosas nocivas lo más posible, como son:

A. Los enfriamientos no seguidos de reacción.

B. Los venenos, entre los cuales se halla el plomo, cuyos compuestos se encuentran por todas partes; los venenos de los pantanos, que diezman la raza humana, sobre todo en las emigraciones.

C. Los parásitos y enfermedades contagiosas.

Por último, vivir lo más que se pueda en paz y con alegría.

ALMANAQUES

Recomendamos á nuestros lectores el del *Asilo de Huérfanos del Corazón de Jesús*, que forma un precioso volumen de 208 páginas, con poesías y leyendas muy amenas, y cuyo producto se destina al sostenimiento de los pobres huérfanos y á la continuación de las obras del Asilo. El que compre este Almanaque adquiere un bonito libro y hace una buena obra. Cuesta una peseta en rústica, y dos empastado con singular elegancia.

También recomendamos el *Almanaque-Memorandum y Guía sinóptica de la jerarquía eclesiástica de Roma y de España para 1885*, que ha publicado la nueva librería de San José.

Este Almanaque es como una Agenda para los sacerdotes, donde pueden apuntar las Misas, sermones, fiestas, etcétera que necesiten recordar al año. Es un volumen de 440 páginas en 8.º Los pedidos á la nueva librería de San José, calle del Arenal, núm. 20.

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á nuestros suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que procuren ponerse al corriente lo antes posible para evitarnos molestias y perjuicios de consideración.

A los Sres. Corresponsales encargamos también que nos envíen las cuentas de fin de año con las cantidades que obren en su poder, porque es costoso recurrir á los giros, que ni á ellos ni á nosotros aprovechan.

Los gastos de nuestra ILUSTRACIÓN son muchos y continuos; el precio de la suscripción baratísimo; ¿cómo podremos marchar bien sin la puntualidad del cobro?

Entregamos esta reflexión al juicio de nuestros amigos.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.